"Cuentos de la Luna de Plata"

Segismundo

NOVELA CORTA
CUENTO DE HADAS

CUENTOS DE LA LUNA DE PLATA

I - LO QUE SE DICE ANTES DE CONTAR UN CUENTO DE LA LUNA DE PLATA

Cuando los mayores tienen problemas, a veces sacan el niño que tienen dentro, para pensar mejor las cosas. Deberíamos decir a grito pelado que todos tenemos un niño y una niña en nuestro interior. Lo saben todos...

Cuando los niños tienen problemas, a veces hay un mayor que les cuenta un Cuento de Hadas. Deberíamos decir a grito pelado que los mayores deben contar cuentos, siempre. Es una cosa que saben todos.

Todos deben tener casas azules en las que tienen intimidad, y pueden invitar a sus amigos para soñar, beber cerveza o jugar a mil cosas que sean de fantasía pura. En las casas azules todas las cosas tienen solución, siempre se puede ver el cielo, en lo claro o en lo oscuro.

Una vez, estaba obligado a estar en la casa azul y pude ver que en el cielo, estaba la Luna de Plata; es bonita. Allá arriba flotando en el espacio sideral, pueden ir algunas hadas contar cuentos de siempre, cuentos de hadas para todos aquellos a ir a sus casas azules. Los cuentos maravillosos son aquellos que te enseñan a vivir y te ofrecen soluciones para todos, todos los problemas que hay.

En la Luna de plata, estaba Colombina que me contó un cuento de cuentos en el que había una Bruja muy mala y poderosa; muchos querían acabar con sus fechorías y vino un Príncipe que se quería casar con una hermosa Princesa y los actores, le tenían miedo al Dragón, pero los campesinos y los amigos de la Princesa, que eran los seres que nadie quiere llamaron a una cigüeña que llevaba la flor que le dio el Hada buena y rescató... Bueno, es un lío. Yo no soy Colombina y no los cuento tan bien. Colombina es una actriz de pequeña estatura. Pequeñita y traviesa, pero muy dulce. Colombina tiene muchos amigos y les cuenta cuentos a cada cual.

Amigas y amigos, debéis leer esta narración en la que está todo lo que me pasó.

¡RING RING!

Como ya os he contado, tengo una casa azul, azul cielo o azul mar, según se mire. Tengo un vecino que tiene la barba dorada, es barrigudo, lleva una gorra azul de granjero y es más alto y más ancho que yo; es más gordo y más ancho que cualquiera porque es un auténtico conductor de camiones. Va vestido con un mono de algodón gris lleno de grasa, y en su bolsillo, siempre lleva un mando a distancia con el que controla todo lo que quiere: cien televisores, cien aparatos de vídeo, cien electrodomésticos, la puerta de su garaje, la puerta de su camión... Tiene un camión enorme, tan grande es, que tiene escaleras mecánicas para llegar al volante. Mi vecino viaja mucho, y cuando no viaja, sólo bebe cerveza y se dedica a hacer fiestas y a invitar a sus amigos. Un día, me llamó por teléfono para invitarme a una fiesta de disfraces:

- ¡Ring ring!

Me costó contestar porque tengo un teléfono de goma que yo mismo inventé, para que no se rompa en mil añicos cuando se caiga al suelo, a veces pasa; pero, al ser de goma, se dobla cuando lo cojo y se pone una cara de tonto al hablar por una cosa así...

"¿Qué me pongo? ha de ser algo original porque mi vecino me ha dicho que ha ido muy lejos de viaje, a transportar algo muy grande: un océano o algo así... ¡No se me ocurre nada especial...! Miraré en el baúl del desván... Bueno, tú que lees esto, si inventas algo divertido... "

En la buhardilla de mi casa azul, hay un cofre que perteneció a un pirata tuerto que tenía muy mala uva; siempre jugaba a las cartas y perdía y se enfadaba. Una vez le gané en una partida y me llevé ese baúl dorado; como era enorme, lo tuvo que transportar mi vecino con su camión. Dentro, hay de todo, hay pastillas, coches, botas de buzo, cuerdas de escalador, trajes de astronauta...

Tuve la idea de dar un paseo por los alrededores de la casa, para pensar algo. Cuando atravesé las mil puertas que las autoridades mandan tener en cada casa, vi la casa de mi vecino: no era azul, era una casa verdosa. Estaba metiendo el camión en el garaje: había una luz roja que se escapaba por los goznes de la puerta del camión. Todo era muy raro. No entendía como la luz, el sonido, todo lo que había dentro del camión a rayas, pudiera moverse tanto, como si fuera a estallar.

De pronto, mil quinientos cocineros trajeron comida y bebida para la fiesta. Había mil latas de refrescos, mil latas de cerveza, mil cartones de zumos en "tetrabrick", mil botellas de leche, mil envases de yogurt de frutas, mil artículos de limpieza y mil cosas más. Pensé en que se formaría una gran montaña de basura, de

cosas inútiles; pensé en que siempre estamos consumiendo más cosas de las que necesitamos. Siempre hay montañas de basura y empalizadas que separan todas las casas azules.

Mi vecino deseaba hacer la más grande de todas las fiestas: la mejor. Las fiestas de mi vecino el camionero eran famosas y todos querían apuntarse a esa fiesta ya que iba gente muy importante a esas fiestas: los políticos, los licenciados, los artistas... Cuando mi vecino me invitó a su fiesta llena de cosas de colores y de gente disfrazada, al principio, me alegré un montón. Me daba muchísima vergüenza ir con gente tan importante, pero como todo el mundo estaba disfrazado, me daba igual: no me reconocerían.

Las casas azules son de mil maneras. Cuándo llegué a la fiesta, me encontré con mi vecino, disfrazado de elefante a rayas, como las cebras. Había individuos maravillosos. Estaba un alcalde disfrazado de buzo y un buzo disfrazado de alcalde; había un bombero disfrazado de aviador y un aviador disfrazado de bailarina y una bailarina disfrazada de vampiro y un vampiro disfrazado de payaso y un payaso disfrazado de director de orquesta y un director de orquesta disfrazado de oso y un oso de tigre y un tigre de cebra y una cebra de aviador. Todos comían y bebían. Todos bailaban y jugaban. Miles de envases, de tapas, de chapas, de envoltorios de comida iban a construir una montaña de basuras, de lo que ya no sirve. Eran los desperdicios de una fiesta llena de color. Me asomé a un balcón redondo, como los ojos de un enorme pez, y vi maravillado cientos de vagabundos que recogían las sobras de esa fiesta; me pregunté qué cosas podían hacer con las cosas que sobraban. También, los vagabundos tiraban las sobras de las sobras y hacían montañas en las montañas. Pero, contemplé como perros callejeros aprovechaban los desperdicios de los vagabundos y tiraban las sobras de las sobras de las sobras; anonadado me fijaba en como: ¡Gatos callejeros, se aprovechaban de esas cosas y cómo tiraban las sobras de las sobras de las sobras de las sobras...!

En mi paseo por esa enorme casa, me perdí; bajé unas escaleras y vi algo asombroso: un ser espeluznante, de piel verde y algo peluda, reía sin parar con carcajadas diabólicas. Me escondí tras una columna metálica pulimentada como un espejo. Estaba en el garaje de mi vecino porque había muchas ruedas viejas, maderas con herramientas en pared, botes de aceite y gasolina y mil cosas raras. Sin embargo, no olía a garaje, sino a huevos podridos. La figura avanzó a saltos desproporcionados hacia las puertas traseras del enorme camión del vecino. Vi al ser, me llené de espanto porque parecía una vieja Bruja con escoba. El lugar se llenó de luz roja y de fétido olor. La Bruja saltó hacia dentro del camión y se oyeron unos horribles bramidos, como profundos rugidos de risas y el camión se cerró de un portazo. Corrí hacia la calle y tuve la suerte de toparme con un vagabundo que vestía un viejo traje de cheviot gris:

- ¡Vete corriendo, pues el ogro malo y la Bruja han venido a llevarse a los que se encuentren...!

El viejo huyó gritando:

- ¡La Bruja mala...!

¿Quién era esa Bruja mala? Me asusté tanto, que volví apresuradamente a decirle a mi vecino que la Bruja mala estaba en su camión. Tuve que volver a entrar por la puerta principal y busqué a mi vecino: un mayordomo disfrazado de pingüino me ofreció limonada... ¿O era un pingüino disfrazado de mayordomo? Unas mariposas me saludaban revoloteando en el techo, pero no pude sonreírles, puesto que llamé al elefante de mi vecino, que estaba jugando a la petanca con dos marmotas nerviosas, en la salita de cuadros de colores:

- ¡Corre, corre, que la Bruja está en tu camión!

- ¿La Bruja, dices? -el camionero me miró preocupado y dejó de jugar y vino hacia mí. Todos se sorprendieron. La música cesó y se armó revuelo: todos decían con pavor: "la Bruja ha venido...". Los unos se escondían detrás de los otros y todos temblaban de miedo, sus dientes castañeteaban; hasta los loros castañeteaban, siendo, que no tienen dientes.

- Súbete a mi grupa y vamos al garaje, a ver si la Bruja está aquí... -Parecía un mercader de la India cabalgando sobre un elefante; fuimos al galope a través de todos los invitados y de pasillos ondulados y multicolores. Llegamos al garaje que, curiosamente, olía a garaje. El camionero abrió el camión con una pesada llave dorada, y no halló nada. Se enfadó conmigo, y me iba a echar la bronca, pero empezó a gritar:

- ¡Me han robado! El aceite y la gasolina... ¡Demonio de vagabundos!

Llegaron dos policías disfrazados de ladrones y se armó revuelo porque empezaron a perseguirse con sus porras, los unos a los otros. En medio de la algarabía, decidí volver a mi casa.

En la oscuridad, los grillos cantaban melodías alegres y marchosas, el viento mecía las hojas de los árboles del jardín y el aire fresco y perfumado bañaba el césped, me apeteció contar estrellas sentado en una roca con musgo, cuando, de pronto, vi una pequeña figura que corría con algo. Pensé que era un niño, le llamé y me asusté:

Era un ser hecho de metal roñoso, como de alambre enrollado. Llevaba e el brazo una lata de aceite robado de la casa de mi vecino. Me dio una patada en la espinilla y se fue corriendo. Su figura se perdió en la noche.

Como me pasaban cosas raras, me metí en la cama a dormir a pierna suelta.

COLOMBINA Y LOS ACTORES DE PUEBLO

Al día siguiente, aturdido por los sucesos extraordinarios que tuvieron lugar en la casa de mi vecino, me fui a la plaza a escuchar un poco de música; solía tocar una banda de músicos divertida y alegre. Mientras, estaría pendiente de hacer oreja sobre todo lo que la gente contara de las sorprendentes cosas que acaecieron en las casas azules. Había muchos bancos que compartían las sombras con los numerosos árboles del día soleado, con el cielo de un azul intenso. Ese día, hubo poca música: había teatro. Habían llegado unos cómicos italianos en un carromato cubierto con unos tapices maravillosos. El carromato se abrió y, unos panales pintados sirvieron de decorado perfecto para la función que iba a comenzar. Por arte de magia, una música alegre de violines y trompetas inundó la plaza del kiosco de los sonidos; el sol fulgente, los sonidos y el colorido de los decorados, que representaban la fachada de un mesón medieval, contrastaban con ese silencio que rompía una y otra vez los graznidos de cuervos alegres y dicharacheros hartos de comer maíz robados en un huerto cercano. Los actores comenzaron a saltar y a brincar unos actores, bailarinas y payasos haciendo piruetas y gracietas. Era un mimo divertidísimo, toda la gente reía y aplaudía mucho.

Primero salía un gallardo caballero de sombrero negro de ala ancha y con una pluma blanca; ataviado con una capa roja de seda y calzones verde manzana. Le ofrecía la espada a una hermosísima joven rubia de ojos claros, de figura angelical, vestida con una túnica de gasa azulina y el cabello trenzado en un atractivo peinado. La muchacha se ruborizó y llevó las delicadas manitas a la espalda:

- ¿La espada me ofrecéis, gentil caballero?

Capitano, que así se llamaba, hizo un gesto rudo y temible y desenvainó una flor, porque se equivocó. Se arrodilló y cerrando los ojos exclamó con voz ruda:

- Mil perdones mi dama...

No sé de dónde, pero apareció un payaso vestido de vagabundo y se burlaba de los músculos del caballero. El nuevo payaso iba vestido con pantalones hechos con trozos de trapos viejos remendados.

- Capitano, Capitano...

Sostenga romántico la flor

para seducirla mejor

El caballero hizo gestos torpes y todos rieron más. La bella bailarina parecía no enterarse de nada.

- Capitano, Capitano...

¿No se quita el sombrero

para cortejarla con esmero?

El Capitano, nervioso, tembló y se le cayó la flor, la espada y el sombrero. Todos reían porque el payaso imitaba las torpezas del formidable militar:

- Arlequino, Arlequino...

Mi querido y fiel sirviente,

soy el más temido luchador

mas ella no quiere mi amor

si me ayudas a enamorar a Isabella

te nombraré mi teniente

y te pagaré buena tela.

Luego apareció otro joven elegante cantando con una especie de guitarra ancha:

- Isabella, bella, bella, bella...

¡Conmigo tenéis que casar

para seguir mi cantar.

Isabela, bela, bela, bela...

- ¡Oh! ¡Qué cosas entonáis!

- ¡Un rival! Os daré cuentas, bellaco -El Capitano persiguió al trovador recién llegado con pasos burlones y exagerados.

- ¡Oh! Se pelean por mi causa ¡Qué emoción!

Arlequino negó con gestos exagerados. Se colocó en medio de los dos y dio pitidos con un silbato haciendo como de guardia de tráfico, ordenando con el pito y con las manos con ademanes autoritarios que los perseguidores corrieran un poco más despacio. El público aplaudió la broma y calló cuando Arlequino, propuso que los dos pretendientes: Capitano y el trovador, debían enfrentarse en un duelo a espada, el vencedor tendría vía libre para intentar seducir a Isabela.

- ¿Un buñuelo?

- No, mi tonto Capitano. Un duelo digo... ¿Acaso no sabéis lo que es un duelo?

- ¡Un duelo para ver quién me merece! ¡Qué emoción!

- Mi amiga Colombina traerá las espadas...

Una niña, de peluca blanca y de ancho traje de rombos blancos y negros con cuello de encaje blanco, llegó montada en una luna con ruedas, pintada de color plateado. La luna de madera, las ruedas chirriantes, el brillo cegador de la luna de ma-

dera y los dos espadones que solemne llevaba Colombina, le dieron una gran vistosidad a la obra y mucha hermosura... Su voz cantarina me encandiló:

- ¡Arlequino! Aquí tenéis las espadas de duelos.

Arlequino le dio una espada a cada cual, y organizó peleas y bromas. La gente reía y, al final, fue Arlequino el que se fue con Isabela.

Los actores saludaron con reverencias y fueron al carromato. La gente aplaudió con fervor, se fueron de la plaza y en un cuarto de hora, se les había olvidado toda la pasión y la admiración. No entendí ese desprecio a la obra de teatro y a los cómicos: a mí me encantaron. Por eso, fui al carromato a que me lo explicaran. Ellos estaban recogiendo y se limpiaban la cara de ese maquillaje tan bonito. Era gente afable que me invitó a beber de su vino y a comer de su queso.

- Es sencillo, nosotros hacemos Comedia del Arte, -me explicaba el actor que hacía de Arlequino, muy simpático y algo chato, pues no llevaba puesta una gran nariz postiza- y queremos hacer reír a la gente con nuestro arte y el arte se hace por sí sólo. No se necesita que te alaben, siempre hay gente como tú que te felicitan...

- ¿Y Colombina?

Todos me miraron con los ojos abiertos como si hubiera pronunciado alguna inconveniencia.

- La niña que llevaba rombos blancos y negros en el vestido... -Todos se extrañaron y se miraron entre ellos, hasta que salió la chica que hacía de Isabela del carromato chirriante y dijo simpática mientras se metía los faldones de una blusa blanca en sus vaqueros gastados:

- Tenemos una Colombina con traje de pierrot, pero está con la gripe y no ha venido... ¿Has visto otras actuaciones nuestras?

Me quedé atónito porque había visto a Colombina actuar esa misma mañana... Pero estaba griposa en la cama...

- Debe de ser este vino... -Dijo el Arlequino, y los cuatro rieron a carcajada limpia. Yo también, pero esas cosas raras no me hacían ni pizca de gracia. Me despedí y quise volver a casa, con las manos en los bolsillos.

Me alegró ver a la traviesa Colombina que aguardaba en una de las puertas de mi casa:

- ¡Hola! Toma esto; te ayudará a comprender. -La niña me entregó un enorme libro que pesaba un montón. Era un libro viejo y lleno de polvo.

Intenté hablar pero Colombina, me puso la mano en la boca:

- Tengo prisa; he de irme. Ya hablaremos... ¡Lee el libro, ya me lo devolverás!

Colombina salió corriendo y en un minuto, desapareció. En la tapa ponía en letras góticas:

"Un País de la Fantasía."

Parecía chulo. Abrí las puertas para leerlo y comer algo.

II - EL PAÍS DE LA FANTASÍA

Una vez tuve una suerte: conocí a Colombina. Ella es una contadora de Cuentos de Hadas, y yo tenía un problema: llegó a mi casa azul un paquete postal enorme. Todos tenemos casas azules, o mejor dicho, todos deberían tener casas azules para soñar tranquilos. Es una cosa que saben todos. Es difícil que lleguen mensajes del exterior a una casa azul, y mucho más a la mía; porque somos tan tontos que no dejamos de poner empalizadas, barreras, baches, cachivaches, paredes y vallas, entre los jardines frondosos de las casas azules. Pero vino un cartero alto, delgado y bigotudo que llamó dos veces. Me dejó una caja marrón de cartón y unas gotas de sudor; preguntó por mí y me invitó a manchar con un bolígrafo un bonito papel que llevaba encima. Se fue silbando y me dejó la duda de qué cosas había dentro. Ansioso, me dispuse a abrir la caja; me hizo falta una excavadora amarilla porque era enorme. Curiosamente, dentro de la caja, había otra caja. Dentro de ésta, había otra caja cuadrada más pequeña, y así, hasta mil. Luego había un barco, y dentro un globo aerostático, y dentro, una bañera, y dentro de la bañera, un armario ropero, y dentro un papel, debajo, un sobre, y en su interior, Colombina sonriente. Salió de un bote, y me dijo que los Cuentos de Hadas son para todos, niños y mayores y adultos y viejos-pasas. Me habló del País de la Fantasía y de su Luna de Plata. Las cosas allí son como la llegada de Colombina a mi casa: complicadas a primera vista, pero sólo lo parecen, el principio es lo más ampuloso; luego, con el feliz concurso de la Luna de Plata, que ilumina sin parar, se ve lo fácil que es.

Tras comer golosinas volátiles y mirar veintisiete nubes de las montañas, le dije a Colombina que contara un cuento. Me dio un libro viejo del País de la Fantasía y de la Luna de Plata. Luego, me susurró al oído que debía empezar yo solo, porque tenía que irse.

Siempre será y va a ser que la luz de la Luna refleja a la Fantasía. Si os fijáis, cuando sale la Luna, es que el sol está detrás del mundo. El mundo es una bola, una bola muy, muy grande que recibe la luz del padre Sol y de todas, todas las estrellas.

Como el mundo es redondo, el Sol nos deja ver las cosas que pasan con la luz que tiene, que tiene mucha... pero, por detrás, está lo oscuro, donde no llega la luz. Allí, se ven las cosas porque está la Luna. La Luna de Plata, la Luna que da toda la luz de Fantasía, allí se ve todo, porque cuando la Luna es de Plata, se ve lo que pasa y, sobre todo, si alguien te lo cuenta. Si la Luna no es de Plata, no se ve nada, por mucho que se mire.

Y allá, en lo oscuro, está la Luna de Plata; siempre que la mires con el corazón, la verás. En lo alto y en lo bajo está la Luna de Plata porque está hecha de Fantasía, y no se va a cansar nunca de iluminar porque siempre hay corazones que la miren; y

siempre será la Fantasía la que ilumine los corazones de todos los que aman. Y, allá en lo oscuro, están todos los que hay, porque el amor y la Fantasía son muy amigos si les da la luz de la Luna de Plata.

Esto es un poco cursi, pero está mejor explicado en un libro que hay en el Reino de la Fantasía. El Reino o el País de la Fantasía es un lugar, que está allá en lo oscuro; es el único sitio que deja de estar oscuro cuando lo ilumina la Luna de Plata. En el País de la Fantasía hay muchas ciudades, bosques, aldeas, ríos, pantanos, lagunas, montañas, árboles, ciudadanos, personajes, hadas, magos, enanos, gigantes, castillos, praderas, animalillos, bestias, brujas, hechiceros, princesas, riachuelos, senderos, dragones, barcos, conjuros, libros, música, castillos, damas, magia, alegría, tristeza, amor... En el País de la Fantasía hay un mar. En el País de la Fantasía puede haber un mar debajo del mar. En el País de la Fantasía puede haber desde un ogro malo que baila un vals encima de un dedal, hasta una cigüeña que lleva a Colombina hasta la Luna de Plata, para que duerma allí.

III - COLOMBINA EN LA LUNA DE PLATA

¡Eh! ¿He dicho Colombina? Volveré atrás y veré... "En el País de la Fantasía puede haber desde un ogro malo que se ha caído en un dedal gigantesco hasta Colombina jugando a los piratas con una cigüeña en la Luna de Plata..." ¡Eh...! Todo ha vuelto a cambiar. El País de la Fantasía es así. Se necesita que alguien cuente las cosas para poder mirarlas y Colombina es una de esas. Colombina es narradora; cuando no cuenta cosas, juega con cualquiera o duerme; cuando no está jugando, es que está contando algo que pasa en su País o sueña lo que va a contar o jugar.

COLOMBINA Y LA CIGÜEÑA

Colombina siempre cuenta a los demás lo que ocurre en los países de fantasía que visita. Una vez Colombina halló una cigüeña que llevaba a un recién nacido en un trapo blanco que colgaba del pico. Estaba preocupada y nerviosa y dejó al niño en el suelo de la Luna, para pedirle ayuda:

- ¡Colombina, Colombina...! -Llamó la cigüeña con gestos alarmantes.

- ¿Qué te pasa cigüeña con corbata verde? Te veo asustada...

- ¡Algo terrible! No sé a qué lugar llevar a este bebé.

Colombina hizo gracias al niño que estaba envuelto en paños de algodón.

- ¿Es niño o niña? -Colombina no apartaba la mirada embelesada a aquel nene tan majo.

La cigüeña estaba sentada muy triste y deprimida, con la cabeza entre las alas y con el pico suspirando a dónde llevar el niño. Las cigüeñas se encargan de llevar niños a las mamás y papás de aquellos que manda su jefe en la oficina de nacimientos.

- ¿Y cómo es que no sabes de dónde es este bebé? -preguntó inocentemente Colombina con las manos enlazadas en la espalda.

El ave se resignó y cogió el trapo con el niño dentro. Colombina caminó en círculos, hasta que se le ocurrió una buena idea y dio un gran salto de alegría...

- ¡Ya está! Llamaremos al Hada buena.

- ¿Hada buena?

- Sí. El Hada buena es una joven maravillosa que tiene poderes mágicos para ayudar a quién lo merece.

- El Hada buena es comprensiva y nos dirá lo que debemos hacer. Tenemos que hacerle caso porque si no, no nos podrá ayudar.

La cigüeña se puso seria y con el pico rígido, esperando al Hada buena. Colombina se puso a gritar desde la Luna. Su potente voz de pito, inundó el mundo entero, como los vientos que inundan los rincones insospechados de todas las cosas. Muy pronto se formó una nube morada y en su interior estaba la silueta de la bonita figura del Hada buena que estaba en bikini de rayas y gafas de sol. Su preciosa cabellera colorada estaba recogida en una diadema de oro macizo.

"¡Hola Colombina! Estaba en el instituto de belleza de las hadas tomando una sesión de rayos P.A.S.A... ¿Qué pasa?"

- Perdonad que os moleste, pero debéis saber que mi amiga la cigüeña tiene un problema porque sabe dónde llevar este bebé.

La cigüeña miró ansiosa; mientras, el bebé sonreía. El Hada buena, se frotaba su piel con leche hidratante mágica, la que usan las hadas y mirando de reojo al niño dijo:

"¡Muy fácil! Allí dónde esperen al bebé, será el lugar de tu destino..."

- ¿Y cómo sabré el lugar preciso?- dijo la cigüeña con la voz más nasal que nunca.

El Hada buena dio unos pases mágicos con sus manos que danzaban resplandeciendo en chispas doradas, y formó el capullo de una rosa en medio del espacio.

"Toma esta flor, vuela por los pueblos del mundo y en la puerta de la casa dónde se abra la rosa, allí será dónde esperen a este niño y déjalo, pues habrás cumplido con tu cometido"

Todo el lugar se llenó de luz morada y la cigüeña cogió la flor con el pico y echó a volar sin pausas. Un sonido lleno de armonía y eco, acompañaba la voz pura del Hada en gafas de sol.

"He de irme Colombina pues tengo ensayo de ballet con las hadas de los puntos cardinales..."

Colombina quedó dormida en la Luna y la Cigüeña pudo entregar el bebé con la flor que siempre le ayudó.

Colombina y la Cigüeña se hicieron amigas y siempre estaban contándose chismes; los chismes de Colombina son cuentos.

A Colombina le gusta ir a la Luna de Plata porque una vez en la escuela, la maestra le preguntó el nombre de los ríos principales del País de la Fantasía y estaba dormida; ella bostezó, no se enteró, y la maestra le dijo que estaba en la Luna. Desde entonces, le gusta ir por allí. A soñar, a jugar o a contar cosas...

No os he dicho nada de Colombina todavía. Ella cuenta lo que pasa en el País de la Fantasía y vamos a ver si volviendo atrás de nuevo... "En el País de la Fantasía puede haber desde un ogro malo que navega en un dedal por un mar de naranjada, sirviéndole de remo la torre del ayuntamiento de una ciudad de madera, hasta Colombina dormida en la Luna de Plata..."

¡Ahora es el momento! Hay que despertar a Colombina para que nos cuente un cuento chulo. Las reglas para despertar a Colombina son tres. ¡Y son facilísimas...!

Primero hay que mirar la Luna de Plata.

Segundo, hay que mirar el corazón, y

Tercero, hay que bailar, hay que soñar, hay que sonreír, porque la Luna de Plata, es una sonrisa.

Vamos a hacer esto para animar a la traviesa Colombina a que nos cuente algo...

Ahora probaré por última vez, ¿o es la primera vez? Nunca lo sé...

"En el País de la Fantasía puede haber desde un ogro malo que ronca y ronca harto de beber naranjada a través de una torre de madera de un viejo ayuntamiento del pueblo de los castores, que le sirve de pajita, hasta Colombina que bosteza, sentada en la Luna de Plata y cuenta una historia que empieza así: Queridos amigos, yo soy Colombina y este es el País de la Fantasía en el que todo, todo, todo puede pasar..."

Colombina es mi nombre, y llevo un vestido de rombos y un gorrito de cono. Un cono, es como un cucurucho y va muy bien porque, aquí arriba en la Luna, corre un viento que me despeina toda y no me deja ver lo que pasa en el País de la Fantasía.

¿Qué por qué llevo un traje de rombos blancos y negros? Porque tengo un tío en Rusia que le gusta jugar al ajedrez. Bueno, en realidad no es mi tío ruso, es un oso pardo. Bueno, es marrón, pero una vez jugó con un mercader moro que le regaló una tabla de ajedrez en una tela elástica y brillante; como de goma, era una alfombra que el oso estiró y estiró... y quedó en rombos, porque los cuadros estirados son rombos. Como ya no servía para el ajedrez, la tiró a la basura... Yo la cogí, y me hice este bonito vestido... ¿No os parece?

Yo tengo muchas cosas que la gente tira a la basura porque no les valen. Las limpio, las arreglo y me valen. Tengo muchos amigos que cogen y arreglan cosas de la basura. Incluso, tengo amigos que están hechos de cosas que la gente tira a la basura... ¡Son estupendos! Por ahí viene el Chirriador sacacorchos:

- Te veo preocupado sacacorchos, ¿qué es lo que pasa?

- ¡Oh Colombina, si supieras qué pena tengo! -el viejo sacacorchos tiene una voz metálica, fría, oxidada...

- ¡Cuéntame la pena! Las penas contadas son menos penas... ¡Merece la pena!

El sacacorchos miró al suelo y doblado y cabizbajo me contó tembloroso que era viejo y chirriador. Cuando era joven y fuerte, ¡Estaba cromado y todo! Abría fácilmente todas las botellas... Hasta las chapas más duras... Pero era viejo y el metal viejo se oxida y la Bruja se lleva a los óxidos...

- ¡Anímate amigo sacacorchos! Quién canta, los males espanta y ya sabes que no hay mal que cien años dure... La Bruja es muy mala, pero hay que enfrentarse a ella e intentar que no transforme en óxido a nadie más. El sacacorchos me miró compungido al hablar de la Bruja mala... Una lágrima se le escapó por sus ojitos de toda la tristeza que tenía.

- ¿No te das cuenta de que si lloras te oxidas un poco cada vez? Tienes sentimientos, amigo Sacacorchos y no has de pensar en que la Bruja te convierta en Oxido, porque la Bruja tiene el olfato fino y olerá el óxido y vendrá...

Un óxido es un secuaz de la Bruja que es de alambre oxidado y malo. La Bruja robó todo el aceite para engrasar metales porque es muy mala. Todos los caballeros que se enfrentan, pierden y la Bruja los transforma en óxidos o en otras cosas peores para que sean sus esclavos para siempre...

- No sigas Colombina, creo que la Bruja viene a llevarme porque veo su luz roja y oigo el siseo de su escoba voladora.

La Bruja es mala. Embustera y astuta. Tiene un oído tan fino, que puede oír a una pulga estornudar sobre un perro escocés buceador que busca perlas verdes de ostras bizcas en el mar de naranjada del ogro malo, su novio. También, tiene un olfato tan fino que huele a todos los niños, a todos los animales, a todos los objetos de metal, a cualquier flor para aplastarla, a cualquiera para convertirlo en su esclavo, a...

- No te enrolles Colombina pues ya la oigo venir, su risa sarcástica, su escoba... -El sacacorchos Chirriador temblaba de miedo y frío porque veía a la poderosa Bruja que llegaba en medio de la luz roja, vestida en su harapiento traje negro, con mil arrugas y verrugas, con su famosa nariz colorada, envuelta en un olor asqueroso a azufre quemado...

- ¡Basta de historias Colombina! Pues tu voz de pito me pone histérica...

- Hola, Buruja...

- ¡Buruja no, estúpida...! Bruja, la más mala de todas las brujas...

Lector, en confianza: lee esto con un ojo tapado pues, todo aquel que se acerca a la Bruja, le pica todo el cuerpo. Le salen granos, le...

- ¿Qué cuchicheas Colombina? Yo lo oigo todo... Voy a hacer una maldad...

La Bruja mala paseó para pensar mejor. Sus pasos eran saltarines porque su cuerpo estaba arrugado y encorvado. A cada paso que daba, el suelo entero del País de la Fantasía temblaba en espasmo de pánico.

- ¡Ya lo tengo, Colombina...! Te convertiré en gusano asqueroso y venenoso, para fastidiar al gorrión que te coma y que a su vez fastidie al gato que coma al gorrión y que se convierta en otro gusano venenoso y así, todos los gatos y todos los gorriones desaparecerán del País de la Fantasía... ¡Je, je, je...! ¡Qué mala soy...!

Me asustó la Bruja, nada podía hacer contra sus maléficos poderes... Y de pronto, una voz metálica se dirigió a la Bruja, atravesando el rojo y el negro interrumpiendo los signos, los horribles gestos de las manos, los dedos y las largas uñas de la Bruja.

- ¡Deja en paz a Colombina, malvada Bruja!

- ¡Eh! ¿Quién osa interrumpir mis hechizos? -la Bruja se volvió bruscamente buscando con su vista el origen de las voces. Su capa negra azotó un aire helador que seguro habréis comprobado.

- Soy yo, y no consentiré en que le hagas nada a mi amiga...

Era el Sacacorchos... ¡Qué valiente! Se colocó la espiral de hierro, y, como si de un valeroso caballero se tratara, blandió su tornillo en pos de la malvada Bruja...

- ¡Defiéndete si puedes, asquerosa Bruja!

- ¿A mí me amenazas....? -La Bruja golpeó su propio pecho con cinismo desgarrador y rió la humildad del pequeño Chirriador- ¡Ya olía yo a metal oxidado por aquí... Eres tú, estúpido... Mira lo que hago contigo... ¡Te convertiré en esclavo de alambre oxidado y siempre me servirás...! ¡Ja, ja, ja...!

El sacacorchos corrió hacia la malvada Bruja, y en un chasqueo de dedos, un rayo fulminante verde envolvió al Sacacorchos, estiró su cuerpo de metal hasta convertirlo en alambre roñoso y lo enredó dándole la forma y volumen de un niño, pero de alambre oxidado: un Oxido.

- Me obedecerás, me servirás. No tendrás voz, sólo gemidos de ultratumba... Con tu alambre, atraparás a los niños para que almuerce yo...

La Bruja mala tenía el colgante de una calavera que le susurró al oído una noticia:

- ¡Dama de las tinieblas! Es tarde y debes ir a darle al ogro malo su jarabe de ojos de araña...

- Debo irme en mi escoba... Colombina, otro día iré por ti... ¡Oxido! Ve a la cueva a preparar mi baño de mocos de murciélago.

La Bruja mala y el Oxido, montaron en la escoba voladora y la calavera negra del colgante de la Bruja mala empezó a entonar un himno de maldad y de ecos de risas cínicas y aterradoras, como fríos vientos de distante metal y herrumbre:

"Un inocente de metal,

una pizca de sulfuro,

y el rayo fatal,

hacen el conjuro

de los Óxidos del mal..."

Se alejaron llevándose consigo todo el frío y la inquietante luz roja. Me asusté de veras, ¿vosotros no? Pero, como algo había qué hacer, me fijé en el suntuoso palacio del Rey de un País de la Fantasía.

IV - EN EL PALACIO REAL

Me quedé muy triste, porque la asquerosa Bruja mala se había llevado a mi amigo el Sacacorchos, y supe que en el palacio real, la gente estaba nerviosa por las fechorías de la malvada Bruja mala. El palacio era un edificio enorme rodeado de jardines frondosos de setos azules, amapolas, campanillas, tulipanes y césped de terciopelo anaranjado recién cortado; la fragancia del aire hizo fijarme en el cielo estrellado y las siete torres que se alzaban sobre el horizonte del palacio. Alrededor de palacio, había gente que convivía con el Rey: jugadores de golf, de tenis, de petanca, de criquet, de fútbol, mayordomos, sirvientes, peluqueros... Hasta un trovador rosa y hortera que, preocupado, buscaba su guitarrón de doce cuerdas:

- Colombina... ¿Has visto mi laúd? Pues hoy me encuentro especialmente inspirado...

- No, no...

- ¡Ya me lo han vuelto a esconder estos cebollinos...! ¡No entienden el arte...! Siempre igual, los artistas sufriendo los penosos avatares de la ignorancia...

Pude ver al jardinero de palacio, que era un meticuloso trabajador de esparto, mimbre y paja. Su enorme sombrero le libraba de los calientes rayos de sol sobre sus ojillos verdes. Llevaba un mono azul de algodón que hacía vistosa su corpulencia y en que llevaba colgadas todas las herramientas que necesitaba para los cuidados del enorme jardín de palacio. Estaba regando unos arbustos musicales que agradecían el agua fresca con música de campanillas.

- ¡Hola Colombina! Todos nos hemos enterado de que la asquerosa Bruja mala merodea por los alrededores. Cada vez hay menos jugadores que estén por estos campos. Convierte a cantidad de chicos y chicas en sus más pérfidos sirvientes: los Óxidos. Siempre están espiando dónde hay ciudadanos que estén solos. Allá va la terrible Bruja mala y los transforma en Óxidos sin piedad y sin contemplaciones...

EL CASTILLO DEL REY

- ¿Sabes si el Rey va a hacer alguna cosa?

- Estoy seguro de eso...

Me adentré en el palacio, siendo que la única puerta de palacio estaba protegida por varios caballeros de enormes lanzas: eran los mejores luchadores de Güevilanda, unos guardias hechos de hueveras de cartón y madera. Los ojos hundidos, el

rostro firme, las lanzas de papel, el escudo de cartón, el cuerpo de palo... Eso era todo el ejército que estaba a disposición del Rey. Unas robustas columnas de basalto oscuro, el suelo de baldosas de mármol, pulido como un enorme espejo. Los ventanales redondos en vidrieras redondas, cada una de un color; el suelo alfombrado en violeta y gris y las entradas chapadas en oro y sin puertas, me daban una idea de la majestuosidad del castillo.

Un sirviente triste me dijo que debería ir a ver al Rey, que estaba en su despacho sin poder despachar importantes asuntos de gobierno. Me indicó el final del pasillo a la derecha. No hacía ruido al caminar ya que tenía los pies de algodón gris y guata de limpiar coches: era una vieja percha con tres o cuatro abrigos y una lujosa capa.

Caminaba con tiento en la penumbra y el silencio. Entre aquellos muros de lujo y ostentación de mármol, llegué a la sala del despacho real, llena de luz y color. En medio de la habitación de seis grandes paredes y una abertura había una gran campana de cristal que cubría la corona real. Cada pared estaba cubierta por una cortina de un color distinto con poco matiz. No había nada chillón en la estancia: la elegancia y el silencio eran como el rostro del Rey: majestuoso.

- ¿Qué te pasa majestad? -él me conocía de muchas aventuras y cosas que pasaron. Me miró asustado, al principio, pero en pocos instantes se le iluminó el rostro porque pensó que le podría ayudar.

- Tal vez me puedas ayudar... ¡Tengo un problema terrible!

Me dijo que la malvada Bruja hacía la vida imposible a todos los ciudadanos y habitantes de su reino: el País de la Fantasía. No dejaba de pasear y gruñir buscando soluciones ante tamaño problema. Era un personaje gracioso, pero atractivo. Tenía una barba postiza sujetada con una goma, para parecer más Rey y siempre llevaba una corona de siete puntas con siete perlas sobre su calva de bonachón.

- Colombina, no sé qué hacer con la Bruja mala. Convierte en Óxidos a los ciudadanos que están solos y no tienen amigos. Se aprovecha de que la gente le tiene miedo y esclaviza o destruye lo que consigue. Colombina piensa alguna cosa...

El Rey seguía preocupado y displicente mirando mis vueltas a la particular habitación...

- Debéis conseguir que algún caballero se enfrente con la Bruja mala...

- ¡Pero no se atreven!

- ¡Ofreced una recompensa!

- ¿Recompensa?

- Sí, alguna cosa que tenga valor para que ellos se animen...

- Hum... ¡Dejadme pensar!

El Rey descorrió una cortina verde y descubrió un bello atardecer con el cielo azul cobalto, lleno de montañas y de doradas estrellas fugaces, tras un fabuloso vidrio circular.

- Se me ha ocurrido que usted podría redactar un Bando Real que ordene a los caballeros más valerosos del País de la Fantasía a enfrentarse con la Bruja, desafiarla y eliminarla...

- Buena idea, Colombina. Pero, ¿para qué un bando?

- Para que muchos caballeros se enteren y puedan enfrentarse a la Bruja mala...

- Y... ¿Qué recompensa puede ser la indicada? ¿oro? ¿brillantes?

- Pensad, majestad: ¿los caballeros valerosos quieren oro o dinero?

- ¡Hombre! Yo soy valeroso y un poco de...

- ¡Majestad!

- ¡Vale, vale! Es posible que otro regalo a aquel que consiga eliminar a la Bruja mala sea más efectivo porque los caballeros suelen ser ricos ya... No se me ocurre nada... ¡Esperad Colombina!

El Rey miró la corona de siete perlas bajo la maravillosa campana de vidrio transparente y adquirió un resplandor que iluminaba todo. Solemne alzó la campana de vidrio, al tiempo que sonaba una música celestial... Tomó con cuidado la corona y se la colocó en la cabeza. La estampa del Rey se iluminó toda y pronunció despacio y serio:

- Con esta corona pienso mejor... Es una manía ¿sabes?

El Rey paseó con la corona puesta dando círculos por la habitación. Descorrió una cortina rosa y descubrió la imagen de una preciosa joven que paseaba por los jardines de palacio bajo la luz de mil luciérnagas y con sus manitas mesándose la larga cabellera rubia y brillante en la poderosa luz de la luna de plata.

- Mirad Colombina, ésa es mi hija...

- ¡Hola Princesa!

- No os molestéis Colombina, pues ella, a través de ese poderoso cristal, no puede oíros...

- Es hermosísima la joven...

- Claro... ¿No creéis que el valeroso caballero que consiga eliminar a la Bruja mala, debe de ser el digno esposo de la Princesa?

- ¡Ya lo creo, majestad!

- ¡Ya lo tengo! -La prominente barriga del Rey se agitó bajo su capa de oro.- No hay que perder tiempo... Debo dictarle un bando a mi alguacil, para que lo divulgue y lo pregone sin demora.

El Rey descorrió una cortina amarilla y tras ella apareció un botón en medio de la pared con bello marco dorado. Sobre éste, había una rejilla dorada y el Rey acercó sus labios y recitó:

- "Querido alguacil eficiente,

acude raudo como el viento

pues tus servicios competentes,

necesito en este momento"

- Lo llamo en poesía porque este alguacil es muy exigente. Pero hace bien las cosas...

Y el Rey, mandó llamar al alguacil, su secretario personal.

El alguacil del Rey era un bolígrafo de patas delgadas y babuchas moras que era el ayudante de cámara real. Al llegar, se encorvó y le saludó con una reverencia y con voz cantarina. El Rey no perdió tiempo y le dictó las siguientes palabras a su secretario:

"Se hace saber a todos los caballeros del País de la Fantasía y colindantes que han de enfrentarse con la Bruja e intentar eliminarla... Aquel que lo consiga, recibirá como recompensa la mano de mi hija, la bella princesa y se podrá casar con ella. Para ello..."

- Majestad, no se enrolle -interrumpió el bolígrafo- ¡Siempre dice más cosas de las que se deben decir! Es suficiente para un bando...

- Bueno, bueno. Encárgate de divulgarlo. ¡Qué todos los pregoneros lo pregonen...! Manda telegramas y fax, anuncia por la radio. ¡No te olvides de las palomas mensajeras...!

- Sabe que lo haré... -El bolígrafo se fue con el pergamino en la mano y en el umbral de la puerta, el Rey le volvió a llamar:

- Oye alguacil, ¿de veras te parezco un pesado?

Estoy segura de que, aunque el Rey se enrolle mucho, habrá cientos de caballeros prestos a combatir por conseguir la mano de la princesa.

V - EL PRÍNCIPE EN EL BOSQUE

Un buen día, sucedió que por los prados más frondosos del País de la Fantasía, viajaba un apuesto príncipe en su bicicleta. A las espaldas una mochila y a su pecho, un colgante de brillantes de la corona de un País lejano. Siempre ufano y silbando una conocida canción, se bajó de la bicicleta y se detuvo a descansar a la orilla de un arroyo que llevaba agua fresca y cristalina de las montañas. Era un joven alto y fuerte que vestía mallas rojas y camisa blanca de seda. Toda su riqueza era de su condición de príncipe y de espíritu, que era bueno y compasivo.

Se sentó a descansar de su larga travesía, relajado y confortado por el suave murmullo del cauce del arroyo. Los párpados le pesaron y se durmió como un bebé en la cuna. De pronto, los chasquidos de las ramas diseminadas denunciaron la horrenda presencia de un Oxido que se acercaba a hacerle daño al Príncipe, ya que apartó su espada lentamente para que el Príncipe no despertara. El Oxido reía con su malvada voz metálica y le agarró una pierna con el fin de arrastrarlo hacia el arroyo. Lenta, e inexorablemente el Príncipe iba a despertar en el fondo del arroyo... Un pajarillo lo vio aterrorizado y bajó desde el árbol a la cabeza del Príncipe para despertarlo. Pero el Príncipe seguía dormido e indefenso en su viaje hasta el arroyo. El mismo pajarillo vio que iba a atar la pierna del Príncipe a una gran soga con un enorme y pesado pedrusco atado al otro cabo y preparado para que se hundiera en el agua y no pudiera nadar. Viendo sus intenciones, el pajarillo se arrancó una pluma de su ala y le hizo cosquillas debajo de la nariz, para despertar al Príncipe. Estornudó y justo en la orilla del arroyo, descubrió su pierna ferozmente anudada y de un alarido y rapidísimos reflejos, se desató y se puso en guardia desenvainando su espada. Extrañado, vio al Oxido que se aproximaba...

Los Óxidos son malos y peligrosos, pero son muy lentos. Al ser de metal oxidado, no pueden moverse con rapidez. El Príncipe abrió mucho los ojos porque jamás se había enfrentado a un rival así.

El pajarillo voló rápido hacia la soga y en un abrir y cerrar de ojos, enredó y anudó la misma cuerda a los pies del Oxido. El Príncipe comprendió la maniobra y cogió el pesado pedrusco y lo arrojó con fuerza al centro del río, dónde más profundo es. El peso de la piedra arrastró la soga y con ella al Oxido que se zambulló en un horrible gañido metálico que resonaba en todo el bosque.

- ¡Qué extrañas bestias pueblan los alrededores!

El Príncipe sonrió al pajarillo y le agradeció su gesta:

- ¡Joven! ¿A dónde vais sin compañía por estos lares con brujas, Óxidos y dragones?

- Voy buscando aventuras y tierras de paz y armonía...

- Por aquí está la Bruja mala... Andad con tiento...

- ¡Bah! No me asustan ni brujas ni alimañas...

El Príncipe se alivió en ese hermoso atardecer de platino y sintió ganas de comer reconfortado. Tomó las jugosas viandas que llevaba en su zurrón y se sentó en una almohada de césped y hojas secas; sacó una cecina de buena carne y una hogaza de pan que gustoso comería a la sombra de plátanos, con la música del agua que chocaba con las piedras planas del cauce del arroyo.

De pronto, escuchó los lamentos de una viejecilla. La voz ahogada de una harapienta pordiosera. El príncipe presto acudió en su auxilio y la viejecilla le miró con sus ojillos lastimeros y le dijo:

- ¡Ay de mí! Hace varios días que no he comido nada. No he probado bocado y mis piernas no me aguantan y me faltan las fuerzas para todo...

- Anciana, ¿puedo ayudaros en alguna cosa? -le preguntó el príncipe arrodillándose para mostrar amistad y respeto.

- Ya lo creo, buen mozo. ¿No tendréis algo de comer para mí? -dicho y hecho. El príncipe le tendió la cecina y el pan y la viejecilla lo tomó y lo comió en un santiamén. El príncipe sonrió y le ofreció vino de la bota de cuero y agua del arroyo que recogería de su cuenco de marfil, que llevaba en la mochila. La vieja bebió a grandes tragos, ante la sorpresa del príncipe que no daba crédito a sus ojos azules de cielo; en efecto, la anciana devoraba más que comía las jugosas viandas que le tendió el príncipe compadecido por los ojos y el pañuelo mal anudado que escondía los cabellos blancos de la anciana. El príncipe se sentó junto a la viejecilla; sus harapos grises y marrones eran muy distintos a las vestiduras reales del apuesto joven. La pobre anciana iba descalza y con las plantas de los pies endurecidas y sucias por tantas andaduras por los senderos del País de la Fantasía, y, sin embargo, los zapatos del príncipe llevaban adosadas sendas hebillas de platino que reflejaban toda la luz de esperanza y bondad.

- Contadme mujer, ¿cómo habéis llegado a esta situación de pobreza? -preguntó el príncipe con voz grave y brava que le ofrecía su condición.

- ¡Uy! Joven, si vos conocierais las vueltas que da la vida...

- Os comprendo respetable anciana, pero debéis conocer que la única riqueza es la de corazón... -Dijo el príncipe dando sus lecciones de moral acostumbradas.

- Señor, dándome de comer a mí, habéis demostrado ser digno de alabanza y respeto por el que debo recompensaos...

- ¡Oh, ni pensarlo...! Si necesitabais ayuda, aquí estaba yo para ofrecérosla...

Los dos se pusieron en pié. El Príncipe tomó la mano de la viejecilla y le ayudó a levantarse del suelo. La anciana sonrió y el joven miró extrañado el rostro viejo y cansado de la viejecilla que le parecía burlón y locuelo. La vieja empujó bromeando al Príncipe y le dijo con voz de cantante de ópera:

"Si eres tan modesto, y me miras con ojos de plato, serás un mojigato...."

De repente, en un maravilloso instante, la estancia se llenó de una nube de humo rosa perfumado y sonaron mil campanas y la vieja se transformó en el Hada buena del País de la Fantasía.

Yo, la conozco porque siempre participa en mis cuentos de hadas dándoles esperanza, alegría y bondad. Es un poco hortera, pero su concurso es imprescindible en mis historias. Va vestida con un traje rosa de seda y un velo que envuelve su cuerpo estilizado y sonriente. Siempre salpica paz y armonía por donde va y calma a todos los que buscan ayuda. El Hada buena es admirada y venerada por todos. Es la misma imagen de la juventud y la fuerza; en ella se puede confiar porque es buena y poderosa. El Hada buena lleva sobre su cabeza un sombrero de cono de tela de raso y brillantes, muy, muy largo y desde la misma punta, parte el velo traslúcido, que deja ver su cuerpo de bailarina. El Hada buena tiene una voz maravillosa y dulce que siempre suena como un eco maravilloso.

El Hada buena tiene una varita mágica que está hecha del mismo material que la Luna de Plata, y termina en una pequeña estrella que sirve para dirigir unos rayos poderosos y de mil colores a todos los sitios que hechiza con su luz y su bondad.

"¡Hola, Colombina!" Me saludó agitando sus manitas al cielo.

- Pero... ¿Quién sois vos? -exclamó el Príncipe azorado y sorprendido por la transformación de la viejecita a la bella dama brillante que estaba a su lado.

"Antes era la pordiosera que habéis alimentado y reconfortado. Ahora que he comprobado cómo sois, me he transformado con mis poderes mágicos y soy el Hada buena del País de la Fantasía que vengo a ver a mis amigos. Y... Tú, ¿Quién eres, si puede saberse?

- ¡Oh, esto...! Soy un Príncipe que viene de lejanas tierras y va en busca de aventuras...

"Pues aquí vas a tener aventuras a montones. Mira Príncipe, has demostrado tener gallardía y valor, y en recompensa, te voy a ofrecer un gran favor...

- No se moleste...

"No seas tan modesto y extiende tus manos hacia mí mirando a la Luna de Plata...

El Príncipe remangó su camisa y puso las palmas de las manos hacia arriba. El Hada buena sonrió, pronunció unas frases mágicas e hizo ademanes de magia con su

varita. El espacio de los anchos hombros y brazos del Príncipe se llenó de luz de color rosa muy evanescente. Se materializó en una espada reluciente de cristal.

- ¡Oh, una espada!

"Sí mi Príncipe, pero no es una espada cualquiera, es una espada mágica...

- ¿Para qué una espada mágica...?

"Mi apuesto Príncipe, he de irme porque llego tarde a mis clases de danza clásica...

Dicho esto, el arroyo volvió a brillar en el humo rosa y la luz brillante y el Hada buena desapareció. El Príncipe quedó atónito contemplando la espada.

El Príncipe prosiguió su caminar hacia el palacio maravilloso de ese reino de Fantasía. En ese sendero de césped y aroma de flores, halló una mujer que llevaba en la cabeza un gran cesto de ropa para lavar. La mujer tropezó con una rama escondida y el cesto fue a dar al suelo.

- ¡Qué mala pata!

Todo el suelo se llenó de ropa y tejidos y suspiró para recogerla. El Príncipe se bajó de la bicicleta y quiso ayudar a la mujer con cara de bonachona.

- ¿A dónde vais con semejante cantidad de ropa!

- Voy a lavar al arroyo, a frotar con las piedras...

- La próxima vez, no toméis tanta ropa de una vez...

Ambos se despidieron y el Príncipe vio en el suelo un ovillo de lana que no había vuelto a la cesta.

- ¡Eh! Os habéis dejado esto... -Gritó el príncipe con el ovillo azul en la mano.

- ¡Quedáoslo, buen mozo! Tengo muchos...

- ¿Qué hago con un ovillo de lana azulada?

El Príncipe echó la lana en la mochila y montó en su bicicleta. En su carrera, sintió sed y después rabia, porque se le había terminado el agua de su cantimplora. En estas de que un labrador silbando ufanamente, se le cruzó en su caminar. El labriego tenía el rostro colorado y algo arrugado. Vestía pantalones anchos de algodón rojo y chaleco negro. Un sombrero de paja le protegía del sol. Llevaba un zurrón de pana gris enorme y colgado de su hombro poderoso.

- ¡Buen hombre! ¿Tendríais la bondad de darme un poco de agua con que aliviar mi sed?

- ¡Mejor que eso! -El simpático labrador buscó en su zurrón y le entregó un par de cuencos repletos de ciruelas lavadas.- Las he recogido y mojado hace una hora de los árboles más frondosos y del manantial más cristalino de las montañas.

El Príncipe las comió en un instante y notó que el fruto aliviaba su sed y la dulce pulpa, alimentaba su cuerpo. Mientras, el labriego, había marchado en su caminar seguro y placentero. Cuando el Príncipe se percató, ya había un buen trecho entre ambos y el mozo, quiso agradecer la acción:

- Gracias buen hombre. ¡Olvidáis los cuencos de arcilla!

- ¡Quedáoslos! Tengo muchos...

- ¿Para qué quiero dos cuencos y un ovillo de lana?

Las vasijas de barro eran dos vasos anchos pequeños con un agujero pequeño en su interior para, llenarlos de frutas pequeñas, introducirlos en el río y que, al sacarlos, el agua pueda escapar por el agujero y refrescar la piel de ciruelas, uvas, guindas, cerezas negras...

Se me ocurrió una buena idea de las mías: hacer un teléfono que comunicara la luna de plata y el País de la Fantasía... Llamé a la cigüeña y monté en su grupa. Fuimos al País de la Fantasía y localicé al Príncipe.

- ¡Hola, niña, ¿Qué queréis de mí?

- Hola, Príncipe, me llamo Colombina y me gusta jugar y contar cuentos. He visto que lleváis unas cosas con las que podemos jugar. ¿Os apetece jugar conmigo?

- ¡Claro Colombina! ¿Qué juego es ese?

- Es muy fácil... Veréis: tenéis un gran ovillo de lana y un par de vasos.

El Príncipe me miró sorprendido y se puso rígido. Me tuve que poner de puntillas porque es un mozo muy alto... ¡Bueno, soy pequeñita...!

- ¡Cómo sabéis que yo...!

- Yo soy Colombina y soy la narradora de este cuento. Lo sé porque lo he visto... Sé muchísimas cosas...

El Príncipe se tranquilizó un poco y siguió mis instrucciones:

- Ata un cabo del ovillo al agujero de un cuenco... Así, y dámelo. Ahora iré a la Luna de Plata, montada en la cigüeña de corbata verde...

- ¿Luna de Plata? -Preguntó extrañado el Príncipe.

- Mira al cielo y la verás entre las estrellas... Casi siempre estoy allí. Bueno, cuando el hilo termine, atas el otro extremo en el agujero del cuenco, luego te lo pones en la oreja.

Al poco rato, los dos cuencos estaban unidos con un hilo que atravesaba el espacio inmenso entre la Luna y el mundo.

Llena de excitación llamé al Príncipe, gritando al cuenco:

- ¡Príncipe, Príncipe...!

Dio un saltito hacia atrás de admiración. Sonrió ante mi estupenda idea que hizo posible que el Príncipe pudiera oírme.

- Ya podemos hablar con dos vasos unidos por el hilo de lana de enorme longitud. Cuando diga "¡Cambio!", habla tú por el cuenco que yo llevaré a la oreja el mío y viceversa.

- Es un bonito juego... Colombina. Te he oído muy bien. ¿Quieres que te cante una canción, cambio?

- Bien, pero no te enrolles que tienes trabajo. Ahora va a hablarte la cigüeña, cambio.

- ¡Hola, Príncipe! No me cabe el pico entero en este cuenco y no puedo hablar bien, pero te dejo porque tienes trabajo, cambio y corto.

- ¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

El Príncipe dejó el cuenco y se percató, de que un pequeño y guapo pato le dijo a gritos de su voz nasal:

- ¡Eh tú! ¿Qué haces ahí quieto y parado como un semáforo?

- ¿Qué...? -el Príncipe buscó con su vista y giró la cabeza hasta que vio al patito que se llevaba las alas a la cabeza de todo el escándalo que se le vino encima.

- Debes ir a combatir a la Bruja mala...

- ¿Bruja mala...?

El Príncipe no controlaba todas las voces que partían de simpáticas gargantas. Sin saber de dónde, habían llegado cantidad de personajes distintos que le daban cantidad de misterio y encanto a la reunión de animalillos que le contaron lo del bando real que el Rey tuvo que promulgar.

- ¿Eres caballero o gallina?

- Soy un príncipe que viene de lejanas tierras...

- ¡Cua, cua...! No me vengas con cuentos... ¡Colombina!

- Ese joven es un apuesto príncipe que no sabe nada de la Bruja mala que hay en el País de la Fantasía...

El patito amarillo enrojeció de vergüenza y le hizo una reverencia al príncipe.

- Perdone, majestad... El Rey del País de la Fantasía ha ordenado con un bando real que el caballero que elimine a la malvada Bruja, se casará con su hija, la bella princesa...

Todas las ranas de la charca cantaron:

"Croac, croac, la Bruja mala, la Bruja mala..."

De pronto, un lagarto corredor corrió hacia todos y gritó:

- El caballero que elimine a la Bruja, se casará con la princesa, el caballero que elimine a la Bruja, se casará con la princesa...

- ¿Lo ves, Príncipe? -le dijo el pato más tranquilo, moviendo el pico plano lo justo para sonreír.

- ¿Es bella la hija del Rey...? Porque a la Bruja, no le temo...

- ¡Cua! Así se habla Príncipe...

- ¡Croac, croac...! La princesa, la Princesa...

- La Bruja es muy astuta y mala; ten cuidado, ten cuidado...

- ¡Hola Príncipe...! Somos pajarillos del bosque del País de la Fantasía que nos hemos enterado de que eres un apuesto caballero que se va a enfrentar a la Bruja mala. Nosotros te guiaremos hasta la guarida de la malvada Bruja...

- Gracias a todos... pero callad, por favor. ¡Me estoy mareando y no me entero si habláis todos a la vez...

- ¡Croac, croac...! La Princesa está cómo un tren, la Princesa está como un tren...

Todos los animalillos le querían ayudar y animar al Príncipe que, acompañado por todos, se quiso adentrar por el bosque de palacio guiado por los cucos y ardillas que protagonizaban todo el jolgorio. Sólo hacía un rato, reinaba el silencio y la soledad del Príncipe. Ahora, había cientos de personajes del campo que formaban el séquito del Príncipe, presto a enfrentarse a la Bruja y conseguir, así, la mano de la princesa.

VI - LA PRINCESA Y SUS AMIGOS JUEGAN EN EL BOSQUE

Pero, no sabían que, en los alrededores del palacio, en medio del bosque, se hallaba la Princesa del País de la Fantasía, jugando con sus jóvenes amigos, ciudadanos de muchas clases que siempre estaban enredando traviesos y que eran de muchos colores. No había dos iguales y, todos tenían ganas de jugar con la preciosa joven, hija del Rey. La Princesa, inteligente, pero cursi, tenía mucha imaginación. La joven, sabía, que el mejor tesoro es poder inventar juegos, cuentos, personajes, muñecos, chistes malos y chascarrillos. Pero alguien inteligente, es alguien sensible, alguien que se entristece con las cosas tristes, que tiene miedo con las cosas terribles, que es amable y que puede amar. La Princesa no dejaba de imaginarse cosas y yo tampoco, todas esas cosas son las del País de la Fantasía.

Un buen día, la bella Princesa me dijo que le contara la historia de las familias de ciudadanos que poblaban el País.

- Colombina, háblame de los Látidos...

- Los Látidos provienen de un lejano País lleno de color y que hace mucho calor. Los Látidos son gente de latón, latas vacías que nacen en el momento que nos bebemos su interior. El país se llamaba Latilandia y vivían de los olivos que cultivaban, del aceite, lo único que comen para no estar roñosos. Los Látidos son rígidos porque son de latón; un día uno dobló su cuerpo y descubrió un sonido:

"Clack...".

Dos Látidos que se querían mucho se dieron un beso y descubrieron otro sonido:

"Tras..."

Cuando hacían cosas descubrían sonidos y les gustaban. Hicieron ritmos y poco a poco, descubrieron la música. Les gusta la música, les gusta cantar, les gusta bailar. Será difícil que veas a un Látido que no sepa tocar un instrumento, que no baile. Por ejemplo: si llenas una lata de piedrecillas, la agitas y harás ruido de lluvia si las piedras son pequeñas o se trata de arena; pero, si las piedras son más gordas, harás ruido de tren. Imagina la cantidad de sonidos que se pueden hacer con cientos de latas...

- ¡Qué historia tan bonita, Colombina!

- Sí, pero el horror oscureció la alegría que había en Latilandia. Sucedió que pasaba en su escoba la pérfida Bruja mala, dispuesta a hechizar con uno de sus os-

curos conjuros a todos los Látidos. Y así lo hizo. Les envió un terrible pase de magia negra: les obligó a cantar mal y a hacer sones nefastos...

- Pero... -la Princesa sonrió y suspiró tranquila- eso no parece tan terrible...

- No lo parece, pero las apariencias engañan... Con el tiempo, Latilandia, se convirtió en un lugar muy lluvioso, porque, ya se sabe que los que cantan mal, provocan lluvias torrenciales y muchos Látidos se oxidaron y se transformaron en Óxidos... En los malvados secuaces de la Bruja; por eso los Óxidos tienen una voz tan grave y ronca...

- Eso es terrible... -Dijo la bella Princesa llevando una mano a la boca.

- La Bruja es terrible. Por eso muchos Látidos han tenido que irse de Latilandia...

- Colombina, debo ir a los jardines del palacio real porque me llaman mis amigos para jugar...

Por allí estaban los hermanos Perólez, que eran embudos que siempre estaban silbando y soplando velas encendidas de cumpleaños que no existían... Y los Látidos, que eran latas usadas de refresco que les gustaban los bailes y canciones rusas... Y los Yogurex que eran tarrinas de yogur vacías que solían descansar, los vagos de ellos... Y los Huevers, y los Huevinanos, y los Pajosos, y los Tetrase de Brik, y los Chapurriaus, y los Limpiantes... En fin, más de mil familias de cosas que se pueden reciclar y que viven en las afueras de la ciudad que bordea el palacio del País de la Fantasía, en los suburbios, pero barrios bajos de amistad y camaradería.

Cuando llegó la Princesa para jugar a algo, estaban jugando al Rugby con un pepino dormido:

- ¡Trampa! Eres un idiota con cara de huevo... -Dijo el Látido desde el suelo al Hueveras que no había hecho falta, poniendo el pie y haciéndole la plancha a una Plancha del equipo contrario. El ciudadano de latas ponía una voz muy dramática, y el de la cabeza de hueveras, hablaba con voz grave y bonachona:

- Ha sido sin querer, además, ¿qué quieres que haga si no tengo otra cara...?

- ¡Basta! No discutáis... -Dijo la Princesa con dulce voz y todos quedaron en silencio mientras la hermosa joven me saludaba mirando arriba e invitándome a jugar con ellos.

- ¡Hola Colombina! Baja aquí a jugar con nosotros...

- No puedo Princesa, pues estoy contando un cuento de los de la Luna de Plata... En otro momento...

La voz de la Princesa era tierna y dulce, muy femenina. Era una rubia muy delicada; sus ojos eran azules y enormes. Era la criatura más hermosa del País de la

Fantasía. Su cuerpo era suave, de formas escogidas y vestía un vestido ancho, blanco de seda y de escote cuadrado.

- ¿A qué jugamos? -preguntó a sus amigos que habían hecho corro a su derredor...

- Si lo permitís, podríamos jugar a las conferencias, -sugirieron unas gafas redondas de la esquina.

- ¿Conferencias? No conozco ese juego...

- Es sencillo, Princesa. Primero proponemos un tema a disertar de Filosofía, por ejemplo. Luego establecemos un debate que...

Le interrumpieron con abucheos y le tiraron castañas y briznas de hierba. Un Látido de cerveza propuso jugar a los médicos, a lo cual se negó la Princesa. Un parloteo de sugerencias y risas siguió a la payasada del muelle que se desprendió de la camiseta en un salto rápido de los suyos... Había confusión general hasta que un Flexo propuso jugar a la gallinita ciega. Nadie puso problemas y la princesa, brincó de alegría, porque le gustaba mucho ese juego.

- ¿Quién la paga? -preguntó inocente la Princesa, siendo que iba a ser ella por haber llegado la última. Una percha le puso un pañuelo alrededor de los ojos para que no pudiese ver durante el juego. Le preguntaron: "¿Qué se te ha perdido?..."

- Una aguja y un dedal...

Todos respondieron al unísono en infantil algarada: "Da tres vueltas y la encontrarás..." La Princesa dio vueltas a saltitos sin ver nada ni imaginarse que a escasos metros estaba el apuesto Príncipe camino de la guarida de la Bruja. Todos los ciudadanos vieron al muchacho y se apresuraron a esconderse entre los árboles y matorrales del bosque. Los cucos que guiaban al Príncipe se posaron en las copas de los árboles y los dos jóvenes quedaron solos en el claro del bosque. La Princesa, con los ojos vendados y tanteando el terreno con los brazos extendidos, se topó con el cuerpo del Príncipe que se hallaba estupefacto ante la conducta extraña de la hermosa joven que tenía tan cerca. Palpó su cintura y comprobó que era de una persona...

- ¡Eres el narrador o Colombina, seguro porque...!

- Pero mi Princesa, yo no puedo ser ya que estoy contando esto...

- Pues... -La Princesa se quitó la venda de los ojos y miró al apuesto Príncipe. Ambos quedaron prendados el uno del otro. Se miraron largo tiempo, y cayeron enamorados.

- ¿Quién eres tú? -preguntaron a la vez con una sonrisa de felicidad. El Príncipe se adelantó y le susurró a la joven que era un caballero que venía de lejanas tierras presto a eliminar a la malvada Bruja que hacía la vida imposible a los habitantes del País de la Fantasía.

- Pero, no debes ir, porque la Bruja es mala y poderosa...

- ¡Uy! Querida, en peores entuertos me he metido...

- Pero las brujas tienen el oído y el olfato fino.

- También son cortas de vista, y yo tengo una buena espada...

- Pero... ¿Que haré sin ti?

- Tranquilízate bella, pues no tardaré mucho. Mi código de caballería me obliga a librar a estas gentes de la amenaza de la Bruja...

Los dos se abrazaron y se besaron apasionadamente. El Príncipe siguió su camino con los pajarillos que le guiaban. La Princesa lloró sin consuelo la despedida de su amado.

VII - EL PRÍNCIPE EN LA CUEVA DE LA BRUJA

El sendero que lindaba el bosque iba cambiando conforme el Príncipe se acercaba a la cueva de la Bruja: la alfombra de césped y amapolas se convirtió en piedras; la luz roja iba en aumento; los árboles pasaron a ser matorrales y los matorrales, matojos, y los matojos, enredaderas negras. Los pajarillos que le habían guiado, le dijeron asustados ante el horrible olor a azufre:

- Querido Príncipe, no podemos ir más allá. Estamos asustados. Estás ya muy cerca de la cueva de la Bruja... ¡Ten cuidado!

- Lo tendré. Adiós mis amigos.

El Príncipe solo, se acercó al paisaje rojo, gris y negro. Vio el fuego de un gran caldero, la marmita de la Bruja, que despedía un olor asqueroso y un humo blanco. Se cruzó con un Oxido que le atacó saltando a pincharle. El Príncipe le propinó una buena patada y salió despedido gimiendo, con la mano en el trasero. Con raros sonidos líquidos, con culebras que le miraban atentas, con murciélagos que revoloteaban moviendo el polvo... Había un raro silencio de tensión. Hasta que el Príncipe gritó:

- ¡Sal que te vea, maldita Bruja! Vengo a desafiarte...

De pronto, la Bruja saltó a un paso del príncipe. Cualquier ruido resonaba tres veces en las paredes de piedra de la cueva roja...

- ¿Quién es el estúpido que osa desafiarme...?

- Soy yo, y vengo a mataros... Desenvaina tu espada que yo blandiré la mía...

- ¡Ja, ja... No me hagas reír...! Las brujas no llevamos espada, pero hay conjuros, hechizos y poder, mucho poder para usar y... ¡Ja, ja...! Te transformaré en...

- ¡Menos guasa y defiéndete!

El Príncipe midió su espada e hizo movimientos del buen espadachín que era. La Bruja sólo con chasquear los dedos, le quitó la espada y la arrojó hasta fuera de la cueva. No sólo brillaba la espada mágica sino que había una aureola azul y plateada de maravillosa luz a su alrededor, como si la luz roja no le afectara y su reflejo fuera más fuerte que la luz de la guarida de la Bruja. Los cucos la vieron y una docena de ellos la elevaron volando con sus picos y la depositaron sobre la copa del árbol más alto. Mientras, la malvada Bruja se frotaba las manos, porque había paralizado al Príncipe sin espada. Estaba pensativa, saboreando su victoria:

- A ver, al ser de carne y hueso no puedo transformarte en un óxido... Ya, ¡Te transformaré en un asqueroso dragón...! Serás siempre un dragón, arrastrarás tu barriga de reptil y sólo comerás setas venenosas...

La Bruja le rondó sonriente y con ojos rojos pronunció:

"DIENTES DE SERPIENTE

PÁNCREAS DE RATÓN,

ARAÑAS Y CUCARACHAS

NEGRAS COMO EL CARBÓN,

QUE EN ESTE PRECISO INSTANTE

TE CONVIERTAS EN DRAGÓN"

Unos relámpagos y truenos heladores resplandecieron por todas las paredes de la cueva. La Bruja apuntó con los maléficos dedos y uñas de la mano izquierda. Un maléfico rayo verde brotó hacia la cintura del Príncipe y gritaba y gritaba de dolor. Al poco tiempo, su cuerpo y sus ropajes se fueron transformando paulatinamente: su cuerpo quedó envuelto en escamas, sus labios en terrible boca, su nariz en hocico, sus dientes en cuchillos afilados, sus manos en garras afiladas, sus ropas de seda en unos harapos de arpillera sucia, su voz de barítono en temibles rugidos, su sonrisa se transformó en lágrimas y gimoteos...

- Qué malo y perverso me ha quedado...

La Bruja rió, y se fue con un Oxido a dar vueltas al guiso de jalea de araña y lombrices costipadas.

- ¡Colombina, Colombina...! ¿Has visto lo que ha hecho la malvada bruja? -me dijo asustado un Perólez con gran disgusto...

VIII - LOS CIUDADANOS Y EL HADA BUENA

Se me ocurría avisar al Hada buena, a ver si ella podía intervenir en ayuda...

El problema era de qué manera avisar al Hada buena... Los Látidos empezaron a cantar ópera muy fuerte, pero, como cantaban tan mal, lo único que consiguieron fue atraer las nubes de lluvia. La llamaron a grito pelado y no venía; tal vez estuviera con los auriculares escuchando música y no podía oír las llamadas.

- Cigüeña, ¿podrías volar hasta el mundo a ver si le puedes avisar...?

- Será difícil encontrarla...

- ¡Ya lo tengo...!

- Colombina, no saltes tanto porque estamos en una situación delicada... ¡La Bruja mala ha convertido al Príncipe en dragón...! Dime, ¿Qué se te ha ocurrido?

- ¡La flor! Utiliza la flor que antes te dio el Hada buena y cuando estés cerca, se volverá a abrir y le podrás hablar...

La cigüeña miró en su bolsa, y, rodeada de una aureola de maravillosa luz azulada, extrajo con cuidado el capullo de rosa que concentraba toda la belleza y armonía del Hada buena.

- No sé, no sé Colombina, pero lo intentaré a ver si hay suerte...

La cigüeña, con la flor en el pico, volaba sobre las casas más altas, sobre las montañas más encrespadas, sobre los mares más agitados... Cuando sobrevolaba el rascacielos más alto del mundo, sintió cómo se agitaba y temblaba la flor y su aura resplandecía en un entusiasmo maravilloso. La cigüeña, llena de emoción, se posó, en elegante aterrizaje, sobre la terraza de baldosas negras y blancas, como el traje de Colombina. Una vez allí, escuchó una música alta que provenía de unos altavoces que había tras unos maceteros con esparragueras. La cigüeña siguió el sendero que formaba las notas musicales que era de campanillas, marimbas y xilófonos muy agudos y muy potentes: como una caja de música gigante o un carillón descomunal.

De pronto, la flor se abrió en sus hojas frescas de rocío y emitió una fabulosa luz de color plateado. El Hada buena estaba en el lugar jugando a las cartas con un mago y su novia.

"¡He vuelto a ganar!" Dijo sonriente el Hada buena mientas recogía en un montón desordenado los naipes de sus compañeros de partida...

- ¡Con poderes mágicos, ya podrás...!

- No te enfades mago estrellado, es sólo un juego... -El mago iba vestido con una túnica dorada con estrellas de muchas puntas negras y llevaba un pequeño cucu-

rucho negro; tenía una barba blanca fina, tan larga, que parecía el pelo blanco de su novia, una bella ninfa del bosque con rostro suave y mirada serena. La ninfa, vestida con un traje de reflejos y ladeando su cabecita de niña, se iluminó. El mago, refunfuñón se puso las gafas de sol.

"¡Esperad!" Presiento algo...

- Siempre que presiente alguna cosa, se ilumina... Mis ojos azules se deslumbran y debo ponerme estas gafas de sol...

- ¡Oh Hada buena! Creo que vienen a buscarte...

El Hada buena se volvió maravillada y a su espalda recibió con una sonrisa a la cigüeña de corbata verde.

"¡Hola, cigüeña, veo que llevas la flor!"

- Perdonad os moleste bella dama...

"¡Esperad! Mago, ¿podríais bajar el volumen de la música? No puedo escuchar lo que me dice esta noble ave..."

- Habla a tus anchas pues ahora puede oír.

La cigüeña contemplaba maravillada a las tres figuras mágicas, pues de ellas emanaba una luz sincera y de potente reflejo.

- ¡Ha pasado algo terrible! La Bruja mala ha transformado al Príncipe en dragón y algo debemos hacer, por eso Colombina, me ha mandado buscaros...

- Debes ir "Keridhada" (así le llamaban en broma sus amigos: "Querida-hada"), hay que saber cómo es el hechizo, cómo es el dragón... -Dijo el mago apiadado por la humildad que mostraba la cigüeña.

- ¡Claro que iré...! -El Hada buena dio un beso a la ninfa y otro al sabio mago.- Cigüeña ve con Colombina y yo acudiré al camino que lleva a la cueva de la Bruja mala. Toda la tarde sentada jugando a las cartas...

Dicho y hecho, en un mágico instante, un espacio de humo rosa se completó en las inmediaciones del sendero terrorífico y apareció el Hada buena un poco cansada con las prisas.

" ¿Me llamabais, amigos?", el Hada buena siguió agachándose, saltando y estirando sus piernas, mientras los ciudadanos se trababan la lengua y parecían muy nerviosos y llenos de miedo. El Hada buena puso el rostro tenso porque no entendía nada, ya que hablaban todos a la vez.

"Colombina, por favor, explícame lo que ocurre, ya que no entiendo nada..."

- Es muy sencillo y muy terrible... El Príncipe que conoces y que le has regalado la espada mágica, ha sido convertido en dragón, y no sabemos que hacer...

- ¿Quién lo ha convertido?

- ¡La Bruja mala! -dijeron al unísono los Perólez con la cara preocupada...

- ¡Uy! Si es la Bruja es muy difícil quitarle el hechizo...

- ¿Por qué, por qué, por qué...? -preguntó preocupado un ciudadano de huevera de tres cabezas.

"Porque es muy mala y poderosa. Pero, por eso, por ser tan mala, los hechizos no son tan buenos como los buenos que hacen los buenos...

- No entiendo... -exclamó un ciudadano de esparto de Esparta mientras arrascaba su cabeza de arpillera.

"Da lo mismo. Es muy difícil de explicar; los maleficios de la Bruja mala deben ser deshechos por personas de buenos sentimientos que deben hacer alguna cosa. Los hechizos, por horribles que sean, pueden ser disueltos y terminar con la maldad de brujas, ogros y demás personajes malos, si se hace lo oportuno, en el momento oportuno... Lo mismo ocurre con los hechizos buenos. Veré al dragón a ver si yo puedo hacerle volver a ser Príncipe..."

El Hada buena se encaminó por el sendero horrible y se creaba un vacío alrededor de su cuerpo conforme avanzaba entre telarañas y Óxidos que corrían al verla tan radiante, envuelta en su traje rosa fruncido y con la luz Plata que emanaba desde su corazón...

Un Oxido la vio, y se escondió cerca del escondite del dragón, para que el Hada buena no pudiera verla. Los Óxidos siempre están espiando, miran lo que se hace para contarlo a la Bruja mala. El Hada buena avanzaba con tiento y respeto por la cueva colorada y negra de la malvada Bruja... Dos o tres murciélagos salieron volando por la entrada, haciendo un inquietante ruido seco con sus alas...

Pasito a pasito, el Hada buena vio al dragón encerrado en una jaula de barrotes de huesos...

"¡Vaya! Lo que me temía... Un dragón verde... El hechizo no lo puedo deshacer, pero lo puedo suavizar."

El dragón viscoso sonrió, si se puede decir que sonriera esa bestia de reptil. El dragón era un ser horrible lleno de escamas y tenía una boca descomunal; sus lamentos eran graves rugidos, sus manos eran garras que querían lacerar a cualquiera que se le acercara, pero su corazón era el del Príncipe. El Hada buena, no sin temor, paró su garganta y su varita mágica se iluminó cuando murmuró preparándose las palabras mágicas:

"Dragón, voy a suavizar tu hechizo: serás siempre dragón, pero si una princesa de buenos sentimientos te da un beso de amor, volverás a ser Príncipe y te podrás enfrentar a la Bruja con la espada que te concedí..."

Alzó su varita y pronunció con pasión:

"El hechizo de la Bruja no lo puedo eliminar

pero con un nuevo conjuro lo podré aliviar.

si una bella princesa,

con buenos sentimientos,

al dragón besa sin ascos,

ni miramientos,

se deshará el maléfico hechizo,

en un momento..."

Luego, el dragón resplandeció en luz plateada y el Hada buena salió corriendo por dónde vino. El dragón rugió de esperanza, pero no tardó en llegar a su presencia, el Oxido que se escondió durante el nuevo hechizo del Hada buena y rió, con su torpe voz, diciendo al dragón: "No te prepares Príncipe, pues todo se lo diré a mi ama, la Bruja...".

El Hada buena corrió a decirle a la Princesa que le debía dar un beso a un dragón... Iría a la cueva de la Bruja antes de que regresara.

- ¿Por qué debo hacerte caso?

"No puedo contarte el motivo... ¡Confía en mí, te lo ruego! Ya habrá llegado la Bruja, si es así, no hagas ruido y hazlo mañana al alba, con el último rayo de la Luna de Plata. Debes hacerlo por tu propia felicidad y por la de todos los habitantes del País de la Fantasía..."

En efecto, no tardó la Bruja en regresar de sus maldades y a su encuentro fue el Oxido que había espiado todo y se lo contó todo a la Bruja. El malvado ser, enrabió y lanzó rayos rojos por todos lados.

- Maldita Hada buena, tendré que pensar un plan, para que la Princesa no pueda rescatar al Príncipe...

La Bruja mandó pensar a su escoba, a los Óxidos, a los bichos de su cueva... Todos caminaron en círculo, con los pasos pequeños y sincronizados y mirando al suelo. De vez en cuando se oía "¡Ya está.. No, no...! De pronto, una araña dijo con voz chillona:

- Maestra de las tinieblas, he pensado que yo no sé pensar...

La Bruja la miró infundiendo pánico entre los seres horrendos reunidos. Luego la mató de un pisotón y exclamó:

- ¡Nunca se replica a la Bruja...! Seguid pensando...

- Dama de la maldad, -dijo un Oxido listillo- podríais quitarle los sentimientos a la Princesa... Si no tiene sentimientos, no podrá salvar al dragón.

- ¡Ya lo tengo...! Le robaré los sentimientos a la Princesa y no podrá rescatar a su Príncipe... Porque el Hada buena, la tonta de ella, ha dicho que si una Princesa de buenos sentimientos le da un beso al dragón, se deshará el hechizo y si no tiene sentimientos, no podrá deshacer nada... ¡Qué mala soy, Ja, ja, ja...!

El Oxido se encogió de hombros y los demás, le dieron una palmada en la espalda, animándole a recoger la cueva...

Al día siguiente, en medio de la calurosa mañanada de sol: la jovencilla no recordó las palabras del Hada buena: "debes hacerlo en el momento en que salga el sol, con el último rayo de la Luna de Plata". La Princesa se internó por el camino pedregoso de la cueva de la Bruja, con temor y tiento. De pronto apareció la Bruja a poca distancia de la Princesa que estaba muerta de miedo. La Bruja le examinaba dando vueltas con sus terroríficos pasos...

- ¿Qué haces por aquí...? -Preguntó la Bruja.

- Voy, voy a dar un beso... -La Princesa temblaba de miedo, tan cerquita de ese pérfido ser.

- Pues dámelo a mí, criatura...

- ¡No!

- Eres muy mona, pero muy delgada para mi gusto... No era tonto ese Príncipe...

- ¿Qué decís del Príncipe...?

- Cosas mías, pero chiquilla... Se me acaba la paciencia y te ahorraré el camino hacia mi cueva... ¡Je, je...!

La Bruja mala señaló a la Princesa con sus dedos abiertos y un rayo de luz roja brotó hacia el cuerpo de la muchacha. Acto seguido pronunció este conjuro:

- "BELLA PRINCESA... ¡COMO LO SIENTO...!

TE QUITARE LOS SENTIMIENTOS"

- Princesa, te he quitado, robado, arramblado los sentimientos... ¡Ja, ja...! Así no vas a poder rescatar al príncipe...

La bella Princesa volvió adonde estaban sus amigos con pasos átonos, mecánicos y sin expresión alguna en su rostro.

- Princesa, ¿Jugamos a algo? -le preguntó un Tetrasse de Brik sonriente.

- No, no me apetece...

- ¡Princesa! -Llamó un Huevinano de voz cantarina- ¿te apetece comer unas guindas o unas ciruelas?

- No, no me apetecen...

Todos los amigos de la Princesa murmuraban que no era la de siempre. Hasta un alfiler y un globo hinchado, que nunca están de acuerdo, estaban de acuerdo. Todos le ofrecían cosas y la Princesa, más sosa que nunca (todo hay que decirlo), se negaba poniendo una u otra excusa. Lo peor, era que nadie sabía con certeza lo que había pasado.

- Nos la han cambiado -decían unos.

- No tiene sentimientos, le da igual todo... -Comentaban otros...

Y así pasaron los días... Jornadas enteras sin esperanzas. Estaban ya todos cansados y deprimidos, porque en un abrir y cerrar de ojos, el País de la Fantasía se había quedado sin Príncipe y sin Princesa, y todos estaban añorando a la Princesa... y ella debía añorar a su Príncipe amado, y no lo hacía...

La Princesa no quería jugar, no quería bailar, no quería cantar... Nada quiso de los demás; su rostro estaba tenso y recto, seguía ponerse triste, sin sonreír.

Un buen día, acudió al arroyo a calmar su sed, con el mismo rostro serio que un funcionario de correos. En la orilla del río, una ranita le saludó:

- ¡Buenos días, Princesa!

- ¿Quieres algo, rana?

- Pues, no sé...

- ¡Adiós! -La Princesa le interrumpió seriamente y dio media vuelta en su caminar. La rana fue a saltos rápidos al encuentro de la joven, le gritó, todo lo que una ranita puede gritarle:

- ¿Qué te pasa, Princesa?

- Nada, lo que ocurre es que tengo sed y voy al arroyo a beber...

- Pero, Princesa. Dime qué te pasa, porque tu cara no es la de siempre... Hay algo raro en tu rostro...

- ¿El qué pasa con mi cara...?

- No sé...

- Pues en ese caso... ¡Adiós!

La Princesa vio reflejado su rostro en la superficie del agua del arroyo; las aguas estaban más tranquilas que nunca, el viento era suave y cálido, apenas imperceptible. La ranita verde empezó a cantar de alegría porque se le había ocurrido una idea. La rana miró atentamente a la Princesa y, zalamera, le preguntó con astucia:

- Princesa, ¿es verdad que no tienes sentimientos?

La Princesa, en cuclillas, miró su imagen reflejada, y frunció el ceño porque había algo que le impedía pensar bien:

- No sé...

- ¿Tampoco tienes memoria de lo que sentías antes?

- Bueno, me acuerdo de cosas, pero ahora todo es distinto...

- ¿El qué es distinto?

- La gente está muy pendiente de lo que hago, de cómo les contesto, si sonrío o no... ¡Quién piensa en esas tonterías!

La ranita se aproximó lentamente y en el espejo del agua la imagen hermosa de la princesa se reunió con la minúscula rana que vio todo el problema y sus sospechas se confirmaron:

- ¡Ya lo tengo! -Exclamó la rana llena de contento- ¡Tus ojos! ¡El brillo de tus ojos!

- ¿Qué les pasa a mis ojos?

- ¡Pues que no tienen brillo! No se reflejan en la plata del agua.... ¿Por qué no tienen ese brillo que siempre tienen tus bellos ojos claros?

- No sé. A lo mejor por lo que dijo la Bruja mala...

- ¡La Bruja mala!

- Me lanzó un conjuro,..

- ¡Un conjuro!

- ¿Vas a repetir todo lo que yo diga?, es un peñazo...

- ¡Un peñazo! Perdón, Princesa. He de irme a buscar una solución. Pronto nos veremos...

La Rana se alejó de la orilla del arroyo y fue con determinación al palacio del Rey, para contarle lo que le dijo la Princesa.

En la puerta había dos guardias custodiando la puerta para que nadie entrara en el magnífico palacio. El Rey estaba en su despacho pensando, al rato llegó la rana agotada de tanto salto por los jardines del palacio; estaba con su larga lengua por fuera y sacando fuerzas de flaqueza le dijo al soldado que estaba en su armadura:

- Soldado, abrid las puertas, pues he de ver urgentemente al Rey...

- No puedo abrir porque el Rey ha ordenado que nadie entre bajo ningún pretexto.

- ¡Pero ya conozco lo que le pasó a la Princesa

- Lo siento, su majestad está pensando y no se le puede molestar...

La rana dio media vuelta muy triste, ante el soldado inflexible y en medio de flores marchitas y de colores desteñidos ya que la joven Princesa había perdido sus sentimientos.

- ¡Ay de mí! ¡Qué malvada es la Bruja mala! Lo peor es saber que ella es responsable del mal y que no pueda hacer nada...

-"Tranquilízate ranita, seguro que se puede pensar alguna cosa...

- ¡Eh! ¿Quién me habla? En el bosque, camino del arroyo, la ranita daba mil saltos sobre sí y no vio a nadie...

- "Soy yo..."

La ranita sólo vio el césped y la sombra magnífica de un árbol; era tan espesa que no dejaba ver su propia copa, por ello, la rana estaba tan confundida.

- "Ranita, háblame y dime lo que has pensado..."

- Pero... ¿Quién me llama?

- "Soy Colombina..."

- ¡Colombina!

- "Sí y yo soy la que cuenta esto..."

- Ya... ¿Dónde estás?

- "Pues en la Luna de Plata, te estoy hablando desde un cuenco de cerezas que con un ovillo de lana, el Príncipe y yo, hemos hecho un teléfono de juguete..."

- Pues menudo susto me has dado. Hay que hacer alguna cosa porque ha sido la Bruja, la que ha robado los sentimientos de la Princesa...

- "No se me ocurre ninguna cosa..."

- Debemos decirlo a los ciudadanos amigos de la Princesa y pensar, pensar y pensar...

Y la buena ranita encontró un Látido, el Látido a un Güevinano, el Güevinano se lo dijo a un Perólez, el Perólez a un Yogurex y a un Tetrasse de Brik y un Pajoso, y un Chapístico... y cuando llegó la media luna al País de la Fantasía se reunieron en los jardines del palacio real todos los amigos de la Princesa. Pensaron, pensaron y pensaron... Y se les ocurrió avisar al Hada buena otra vez para que resolviera el entuerto.

Llamaron al Hada buena gracias a los cánticos de los Látidos y llegó en bañador, porque había estado de vacaciones en la playa del País de la Fantasía. Con gafas de sol negras, con su maleta de piel y con un bikini de rayas les preguntó sonriente, como siempre:

"Amigos míos, ¿Qué os pasa, os puedo ayudar en algo?"

Todos le explicaron lo que ocurrió, pero como todos hablaban a la vez, el Hada buena no se enteró de nada. El Hada buena preguntó por la Princesa, todos le dijeron, a la vez que la Bruja mala había robado los sentimientos a la bella Princesa del País de la Fantasía; la joven estaba sentada en un pedrusco mirando al vacío. Ni sonrisas, ni saludos, ni lloros, ni miedo, ni suspiros de amor... El Hada buena se extrañó mucho. Se acercó a la sombra del árbol dónde estaba y le preguntó:

"¿Qué te pasa, Princesa...?"

- Nada.

"Ya entiendo..." El Hada buena comprendió que no tenía los mismos sentimientos que antes. Sacó de su maleta la varita mágica y se dio un pase mágico por la cabeza y recobró el vestido rosa el cucurucho y el velo. Luego llamó a todos los ciudadanos y campesinos para decirles lo que debían hacer. Como nadie acudía, volvió a pasar la varita mágica y de nuevo estaba en bikini. Con una sonrisa zalamera, llamó a todos y llegaron en un momento, porque el Hada buena sabía que su cuerpo era atractivo y admirado por todos. El Hada buena les dijo que debían contagiar los sentimientos todos para a ver si los recuperaba.

- ¿Contagiar? ¿Qué es eso? -preguntaron soplando los Perólez, hablando como si fueran uno sólo.

"Me refiero, dijo el Hada buena dando unos saltos elegantes sobre sí, a que debemos avisar a sus amigos para que nos provoquen risa, llanto o suspiros de amor. Si lo hacemos todos, es posible que la Princesa pueda recuperar los sentimientos. Porque esas cosas emocionan a todos y son más intensas si todos lo sienten; pero tenemos que hacerlo muy fuerte y al mismo tiempo". El Hada buena, se alzó en su varita y en su luminosidad y dijo solemne a todos lo siguiente:

"¡Amigos! Debemos de contar a la Princesa, que está conmigo, primero un chiste, luego una historia triste y luego una poesía de amor... Estad atentos, porque estoy segura de que sólo con provocarle una sonrisita, o una lagrimita o un besito, la Princesa va a recuperar los sentimientos, toda la capacidad de sentir cosas, ya veréis; es como un aluvión, como una lluvia: si cae una gota de agua del cielo, es que van a caer más, ¡Seguro!"

El Hada buena se vistió con sus ropas mágicas y se subió a un pedrusco como si fuera un director de orquesta con la varita en lugar de la batuta, señaló con ella a los tres personajes: al más gracioso, al más llorón y al más ligón. La Princesa los miraba con desprecio: ella no tenía esperanzas, sus amigos sí.

El primer duendecillo:
EL MUELLE DE LA RISA

Un pequeño duende, una espiral de metal con los ojitos saltones. Siempre está dando saltos, porque si lo aprisionas contra el suelo, te devuelve la fuerza y salta para arriba. Cuando camina, se bambolea entero y da vueltas y cabriolas; suena y baila, como si se estuviera tocando un violín con un paraguas marrón. Siempre va animado, riendo, contando chistes malos que se inventa sin parar. Dicen que el muelle de la risa, está un poco locuelo y que se escapó de un coche deportivo rojo que no hacía más que correr por todas las carreteras de todos los mundos, por eso sabe un montón de cosas. Es un buen amigo de la Princesa y siempre está animando a alguien porque es un guasón. Si te lo encuentras y te toma el pelo o te gasta bromas, no te enfades, porque es el Muelle de la Risa.

- En primer lugar hay que hacerla reír... -El Hada buena miró atenta y explicó con paciencia infinita, lo que estaba haciendo. Se adelantó haciendo piruetas, tontadas y gracietas el Muelle de la Risa que contó este chiste: "¿Sabéis por qué los espantapájaros no tienen hijos? porque la cigüeña tiene miedo a los espantapájaros.

Cuando escucharon el chascarrillo, todos empezaron a reír cada vez más. El Hada buena colocó ríos de luz que conectaban los corazones de todos y dirigió el rayo de colores al cuerpo de la Princesa. Luego el Muelle empezó a hacer más piruetas que nunca y la Princesa pintó una pequeña sonrisa, unas pequeña risita y, por fin una carcajada y mil más. Todos aplaudieron emocionados.

Segundo gnomo:
EL PEQUEÑO CEBOLLIN

El Cebollín es un amigo con forma de cebolla. Encima de sus ojos tristes, tiene un tupé de cabellos de raíz porque, de pequeño vivió debajo de la tierra. La cabeza es blanca, abombada, con unas finas rayas verdes desde la coronilla a los pies. Lleva colgado de sus estrechitos brazos negros, un pañuelo gris de seda, porque llora y llora sin parar. Las cebollas siempre hacen llorar, y la bella Princesa es muy sensible y siempre está llorando con las historias de Cebollín, porque siempre está viendo el lado triste de todas las cosas; es un personaje muy tristón, pero es muy tierno y buen amigo, que siempre está cuando se le necesita.

- En segundo lugar, hay que conseguir que la Princesa llore... Fue el Cebollín, que siempre llora, hacia la bella muchacha y con pasos pequeñitos, triste y melancólico contó una historia triste: "Me han contado que un gusanito ha cogido la gripe y no se ha convertido en mariposa... Buuuaaa....."

Al momento, todos se callaron porque el Hada buena hizo que contara la historia triste... Me daba pena y sobresalieron los lloros del Cebollín. Todos lloraron y el Hada buena hizo un corazón grande de luz, con los rayos de luz multicolor de todos los corazones... La Princesa torció los labios y se puso triste; al poco rato le saltó

una lágrima, otra, otra... y empezó a llorar. Lo consiguieron, la Princesa podía reír y llorar.

Tercer elfo:

MONAMOUR, EL SEDUCTOR

No exagero ni un pelo, si digo que Monamour es un Don Juan. Una elegante botella de colonia que propaga su fragancia masculina allí por donde va. Monamour va siempre de frac y se plancha la corbata mil veces cada luna. Canta y dice poesías y siempre exalta la belleza de todo lo que ve. Es un buen amigo de la Princesa y se puede confiar en su valor y en todo lo noble que es. Pero, cuando aparece una mujer en su camino, todos los piropos, todos los regalos, todas las atenciones, son para ella. Le canta poesías de amor, de dulzura y de ternura...

- Por último veamos a ver si conseguimos hacerla suspirar de amor... -Presto se detuvo en su caminar altivo Monamour, una botella de colonia muy elegante que le hablaba en francés: "Queguida Pgincesa, sólo con la canción que voy a cantag a ti y a tu belleza, conseguigué enamogagte..."

Luego, contó una bonita poesía de amor:

"Querida estrella del firmamento,

tus rayos los que me dan la flor,

de mi corazón todo el aliento.

De tu belleza será el fulgor

el que aplaca el furioso viento

necesito un poco de tu amor"

Y cantó canciones de amor sin perder su encantador acento francés: "Strangers in the night, only you... yesterday, all my troubles..."

Los ciudadanos estaban agarrados a maderos porque, con tanta lágrima se había hecho un mar y flotando llegó Monamour cantando y todos se abrazaron y suspiraron entre las olas del mar. La princesa suspiró, enrojeció y corrió a abrazar a sus amigos. Todos aplaudieron y emocionados celebraron, bailando y jugando, que la Princesa había recuperado los sentimientos.

El Hada buena corrió al encuentro de la Princesa y le dijo si recordaba que tenía que ir a la cueva de la Bruja mala a dar un beso al dragón...

- ¡Ah, sí...!

- Pero, ¿cómo sabré si es ese el dragón...?

- Sólo hay un dragón allí, lógicamente, no caben dos... ¡Date prisa! Pues tu felicidad y la de muchos depende de ti...

- ¡Voy corriendo! -y la Princesa levantó un poco el faldón de su vestido. De pronto, un pajarillo le detuvo volando rápido alrededor de su cabeza.

- ¡Princesa, Princesa...! Debéis llevar esto con vos... -La Princesa vio a una docena de pájaros batiendo fuertemente sus alas y bajando al suelo la Espada Mágica.

La Princesa quedó boquiabierta y maravillada ante el resplandor plateado, vivo de la espada mágica. La agarró con fuerza, con entusiasmo imperecedero y los pajarillos del bosque, recordaron que la única manera de combatir a la Bruja, era con la espada de Luna de Plata...

La Princesa se adentró en el sendero lúgubre. Los Óxidos, las arañas, los murciélagos y las demás bestias, huían ante la luz de la espada. Cuando la Princesa entró en la cueva, la Bruja estaba dando vueltas al guisado de la marmita, no vio a la Princesa porque las brujas son cortas de vista. Pero la escuchó hablar y, mosqueada, fue a ver lo que pasaba en su cueva...

Mientras, la Princesa llamaba con dulce voz: "¡Dragón, dragoncito...!". El dragón rugió furioso y la Princesa lo vio en su jaula...

- ¡Ah! Estás ahí... ¡Qué asco me das con tu piel pegajosa y viscosa, parecen mocos...! Bueno, te daré un beso... -La Princesa cerró los ojos y, con mucho tiento, juntó los labios y los acercó a la piel escamosa, le dio un sonoro beso y al acto, un relámpago de luz de colores resplandeciente en la lejanía, envolvió al asqueroso reptil y lo transformó, en los rayos de Plata cegadores, en el Príncipe apuesto que había sido.

IX - LA LUCHA EN LA CUEVA DEL MAL

En el suelo, tumbado y con las ropas sucias de seda debido al mucho polvo y suciedad de la cueva, el nuevo Príncipe, agotado y abatido, dijo con una mueca de dolor:

- ¿Do... dónde estoy...?

La Princesa estaba maravillada y supo que el Príncipe, del cual estaba enamorada, estaba vivo y tan apuesto como siempre.

- De veras deseaba verte y hablarte... ¡Hay tantas cosas que decir...! -Dijo embobada la Princesa.

- Pienso igual que tú... Explícame lo que pasa...

- Yo misma te lo explicaré... -De pronto, amigos, apareció la malvada Bruja que amenazó con las uñas extraordinariamente afiladas. La Bruja embistió al Príncipe y éste esquivó... Pero estaba desarmado y la Bruja volvió riendo...

- ¡Enhorabuena! Tu amiguita te ha salvado... El Hada ha conseguido que por el beso de la Princesa, dejes de ser Dragón... Oye Príncipe: ¿qué te parece si te convierto en rana y a tu amada Princesa en culebra para que cuando tenga hambre no haga otra cosa que perseguirte para comerte?

- ¡Menos guasa Bruja mala porque voy a pelear para acabar contigo!

- ¿Pelear tú? No me hagas reír... No conseguirás vencerme y me comeré a la tonta Princesa con salsa de retina de sapo...

El Príncipe intentó pelear con sus brazos, pero la Bruja tenía unas uñas afiladas y venenosas y había poca luz... De pronto, la Princesa, recordó que llevaba la espada que le dieron los pajarillos, la miró en su magnífico resplandor y se la arrojó al Príncipe. En medio de la lucha el Príncipe de un ágil salto la agarró por su mango de brillantes... Luego la blandió poniéndose en pie, lleno de heridas, arañazos y sudor, hizo movimientos de la más bella esgrima y la Princesa tuvo que contener su aliento ante la esperanza de victoria del Príncipe.

El Príncipe manejó su espada y con la gran habilidad que había demostrado en mil batallas, hundió la espada en el vientre de la Bruja y comenzó a despedir un chorro de sangre verde...

- ¡Muere, malvada Bruja...! -dijo triunfante el Príncipe acariciando la victoria en el combate... Pero, aunque la Bruja se retorció de dolor, su sangre dejó de manar y en el suelo, sonrió.

- ¡Que te crees tú eso...! -La Bruja se echó a reír y se abalanzó sobre él y cayó de espaldas soltando la espada que fue a parar fuera de su alcance. El Príncipe estaba vencido y la Bruja se acercó, dio unos pasos pequeños y con los ojos llenos de ira, pronunció con toda su maldad:

- Y ahora te arrancaré el corazón con mis uñas y lo colocaré junto al de la Princesa, ya que estabais tan enamorados... ¡Ja, ja...!

La Princesa lloraba sin consuelo y los bichos malignos aplaudían y coreaban a la Bruja, que tensa, se acercaba al Príncipe que estaba tendido en el suelo de piedra y musgo negro, derrotado, agotado y malherido.

Los Óxidos canturreaban y bailaban cuando la Bruja ya casi podía tocar al Príncipe. Pero un Oxido dijo en voz alta:

- Menos mal que no te ha tocado con la espada tu punto flaco, ¡Que si no...!

- ¡Calla, estúpido...! No les digas cuál es mi punto flaco...

La princesa reaccionó y escuchó. Cogió la espada y se colocó cerca del Príncpe.

- ¡Pero si todos saben que el punto flaco de la Bruja es su nariz...!

- ¡No! Lo dijo el idiota ese...

- ¡Córtale la nariz! -dijo la Princesa lanzando la espada al Príncipe, que en un último esfuerzo manipuló la espada y apuntó a la cara de la Bruja. Con la luz de la espada, vio lo suficiente y cortó la larga y retorcida nariz de la Bruja, que cayó al suelo. El Príncipe se desmayó y el cuerpo de la Bruja se empezó a descomponer en partículas negras y malolientes con patas, como minúsculas hormigas que corrían por todos lados. La luz roja desapareció y un viento fuerte inundó la cueva arrastrando la maldad. La Princesa abrazó al Príncipe y le dijo con lágrimas en los ojos:

- ¡Hemos vencido a la Bruja...!

Salieron el Príncipe y la Princesa abrazados y agotados, pues habían dejado su alma en el combate para derrotar a la Bruja mala. Llegaron al sendero horrible, dando tumbos por la cueva y a cada paso que daban por el sendero, iban brotando hierbabuena y amapolas. Y los matojos se convertían en matorrales, los matorrales en arbustos, y los arbustos en árboles frondosos.

Les recibieron con aplausos y abrazos los amigos del claro del bosque... Muy en especial, sus grandes amigos que la Princesa jamás olvidaría: Muelle, Cebollín y Monamour.

Entre vítores, algarada y una lluvia de felicidad, los ciudadanos y campesinos, celebraban la victoria sobre la Bruja mala. Se encaminaron al palacio real, allá en el horizonte se veían las torres del castillo y el color de sus fabulosos jardines.

Acto seguido fueron a ver al Rey del País de la Fantasía que se puso una barba postiza y les recibió con alegría y desparpajo.

- Queridos míos, descansad con bien porque yo cumpliré mi promesa de dar la mano de mi hija a aquel caballero que acabe con la Bruja mala... -La Princesa sonrió y abrazó al Príncipe que se preocupó con la voz profunda y elegante del Rey...

- Majestad, mil excusas porque verá yo, me he enamorado de esta joven...

- Mejor que mejor... Así será un matrimonio bien avenido...

- ¿Cómo? -preguntó el Príncipe, mosqueado porque no sabía que la Princesa era la hija del Rey del País de la Fantasía.

- Bendigo la unión entre mi hija y el apuesto caballero que va con ella...

- ¡Ah! Resulta que vos sois la Princesa del bando... -La Princesa acalló la lógica del Príncipe con un beso en los labios. El Rey estornudó y la barba postiza cayó al suelo... Luego, muy enfadado llamó al secretario, a su alguacil, el bolígrafo:

- Haz los preparativos pertinentes y encargos necesarios para que se celebre una gran boda, un gran banquete, un gran baile...

- De acuerdo, majestad. Pero... -Repuso el bolígrafo- ¿Deseáis que os encargue otra barba postiza...?

- Alguacil, vos cumplid con vuestro trabajo porque yo, quiero ir de vacaciones...

- ¿Adónde vais? -el bolígrafo miró sorprendido a su majestad que sacó de la campana de cristal dónde guardaba la brillante corona, un pergamino enrollado. En el pergamino había unos dibujos que representaban un cohete:

Una cuba de madera oscura, provisiones y unas botellas de vino y de champán. La cuba, tenía ventanas redondas. Cien cigüeñas iban a tirar y a hacer volar la cuba desde el mundo de fantasía hasta la Luna de Plata, que le da luz, vida y color.

- Querido secretario, me voy a la Luna de Plata... Me han dicho que por allí anda Colombina, una actriz de teatro de pueblo que siempre está contando cuentos, quiero conocer a esa niña para que me cuente algunos cuentos que sólo ella sabe.

- Colombina, yo abriré todo el champán y el vino...

- ¡Chirriador! -Me sorprendió ver al Chirriador sacacorchos en la Luna de Plata de nuevo. Me dijo que cuando la Bruja murió, los hechizos desaparecieron y los Óxidos volvieron a ser lo que eran antes...

"HAY UN PAíS QUE TIENE UNA LUNA CUANDO NO ES DE DíA, LA LUNA ES DE PLATA, Y ES EL PAíS DE LA FANTASíA".

Llegó la cigüeña que trajo jamón y cervezas a Colombina para merendar. Colombina lo miró todo con ojos golosos.

Y allí quedaron las dos charlando sobre lo acontecido en el País de la Fantasía, allá arriba, en la Luna de Plata.

X - EL FINAL DE ESTOS CUENTOS Y EL PRINCIPIO DE MUCHOS OTROS

Bastante emocionado, sonó el timbre de la entrada de mi casa azul. Ya os dije que mi casa, está llena de puertas. Ansioso esperaba que mis nuevos amigos, me vendrían a ver: sería Colombina, el Hada buena, el Príncipe... Metía con prisas una llave de un color distinto en las puertas de cada color. Abrí la última puerta y esperaba confeti, serpentinas, fuegos artificiales, música de fiesta, los actores en la puerta... Pero allí estaba sonriente mi vecino el camionero.

- ¡Hola vecino! -Me desilusioné un poco porque el cuento de Colombina me emocionó, tanto, que me entregué por completo a su fantasía. En ese momento, quise volver, pero mi vecino estaba triste y su rostro reflejaba que me necesitaba, como los payasos necesitan un saxofón o las flores necesitan el sol.

- He venido para que me acompañes un ratito a merendar para que charlemos...

Siempre estaba dando cosas, invitando a la gente a sus fiestas grandiosas, llevando a los demás a su casa o a su camión... Pero en ese instante me pidió algo simple, algo que no se compra ni va envuelto, ni envasado... me pidió amistad.

- ¡Muy bien! Tengo tiempo y me apetece ir contigo.

- ¿Quieres que vayamos a merendar a mi casa azul? Tengo comida y bebida en abundancia y un montón de discos y de juegos...

De pronto, escuché el traqueteo de un carromato tirado por una mula forzuda, y con medias a rayas blancas y rojas. Eran los actores de la comedia del arte que iban a otro pueblo. Les saludé con la palma de la mano agitando de contento.

El camionero me miró con los ojillos fuera de la órbita:

- ¿Quienes son esos vagabundos?

- Unos amigos artistas que...

De repente, el carro se paró. El joven que hacía de Arlequín me saludó y me invitó:

- ¿Queréis venir con nosotros? Tengo vino del que te gusta a ti...

Cogí por el brazo a mi vecino, que no daba crédito a sus ojos y, atravesando el césped y la sombra de un par de robles, fuimos hacia la carretera de asfalto gris, a montar en la carreta de los actores.

NOTAS FINALES

"Los cuentos de la Luna de Plata", es un cuento de hadas destinado a todo tipo de lectores; pero, en las últimas décadas, los cuentos de hadas se destinan a los niños. El presente cuento, pretende revitalizar la fantasía infantil y se centra en el mundo de la juventud. Por ello, creo que encaja en la modalidad de narrativa infantil y juvenil. Se parece a una novela corta por la coexistencia de dos narradores que, empiezan en primera persona y se hacen omniscientes, pero, la única pretensión es contar un cuento, simplemente (¡Ojalá lo haya conseguido!).

El nombre de los personajes es común; me gustaría que fuera con mayúscula: Princesa, Príncipe... No es necesario que su apellido lo haga, porque sólo resalta una cualidad: Bruja mala, Hada buena... No deseo que en este cuento, español, haya Hadas malas o Brujas buenas, puede que existan pero en este libro no. Las palabras del Hada buena, los hechizos de la Bruja mala y los ripios de los actores: desearía que estuvieran escritos en cursiva, así como los ciudadanos de desecho y sus países de origen: Tetrasse de Brik, Latilandia... Ya que son palabras inventadas, estas últimas, evidentemente. Gracias por llegar hasta aquí.

ÍNDICE

I - LO QUE SE DICE ANTES DE CONTAR UN CUENTO
DE LA LUNA DE PLATA
¡RING!
COLOMBINA Y LOS ACTORES DE PUEBLO
II - EL PAÍS DE LA FANTASÍA
III - COLOMBINA EN LA LUNA DE PLATA
COLOMBINA Y LA CIGÜEÑA
IV - EN EL PALACIO REAL
EL CASTILLO DEL REY
V - EL PRÍNCIPE EN EL BOSQUE
VI - LA PRINCESA Y SUS AMIGOS JUEGAN EN EL BOSQUE
VII - EL PRÍNCIPE EN LA CUEVA DE LA BRUJA
VIII - LOS CIUDADANOS Y EL HADA BUENA
El primer duendecillo: EL MUELLE DE LA RISA
Segundo gnomo: EL PEQUEÑO CEBOLLIN
Tercer elfo: MONAMOUR, EL SEDUCTOR
IX - LA LUCHA EN LA CUEVA DEL MAL
X - EL FINAL DE ESTE CUENTO Y EL PRINCIPIO DE OTROS

NOTAS DEL AUTOR